Luis de la Fuente



LA VIDA SE ENTRENA CADA DÍA

Autobiografía

La vida se entrena cada día

Autobiografía

Luis de la Fuente

Colaboración en los textos: Eduardo Verdú



A mi familia, los grandes sacrificados de esta aventura. Gracias de corazón por vuestro esfuerzo, amor y comprensión, por celebrar y acompañarme en cada logro, convirtiéndolo en vuestro y formando el mejor EQUIPO del mundo.

A mis entrenadores, compañeros de vestuario y futbolistas, por enseñarme que el verdadero éxito es no rendirse nunca y que siempre se construye en equipo, dentro y fuera del campo.
Y a mis amigos, por acompañarme con lealtad y generosidad a lo largo de este viaje. Sin vosotros, esta historia no tendría sentido.

PRIMER TIEMPO

1

EL HIJO DE LA BERTI

El día que me cambió la vida

Recuerdo perfectamente el momento en que entendí que mi vida había cambiado para siempre. Mi padre y yo volvíamos en coche de Bilbao, donde acababa de hacer una prueba de ingreso en el Athletic. Tenía quince años. Esa misma mañana habíamos salido de mi pueblo, Haro, en La Rioja, y habíamos recorrido los dos puertos de montaña. Entonces no había autovía y, tras dos horas de viaje y de jugar un duro partido, regresábamos a casa ya de noche.

Íbamos hablando de la prueba. Mi padre me recordaba la buena impresión que había dejado y lo contento que debía estar por haber sido invitado a quedarme en el club. En ese momento fue cuando salimos del puerto de Barazar y, nada más superar la hondonada, vimos toda Vitoria iluminada. En ese instante, de camino al pueblo, con las luces al fondo, fui consciente de que me tenía que marchar de mi casa. Y en la oscuridad me puse a llorar, a llorar por dentro. Era muy joven, pero se acababa una etapa y comenzaba otra.

Para mí, además, esa marcha era especialmente dolorosa porque estaba muy apegado a mis padres y hermanos, siempre lo he estado. Somos cuatro hermanos y una hermana. Nuestra familia es muy conocida en Haro. Mi abuela regentaba un restaurante y mis tíos tienen diferentes negocios, todos vinculados a un nombre común, El Sol: restaurante El Sol; bar El Sol, en la plaza del pueblo; una tienda de moda que tenía mi madre y se llamaba El Sol; y la zapatería El Sol. Mi madre era conocida en el pueblo como la Berti y mi padre, como don Alberto.

Mi padre fue marino mercante durante treinta y ocho años, así

que pasaba muy poco tiempo en casa: navegaba durante once meses por el mundo y luego venía a pasar veinte días en Haro. Pero nos escribía muchas cartas. Recuerdo, en especial, una postal del puerto de Rotterdam, adonde viajaba con frecuencia, que le mandó a mi madre y en la que decía: «Hola, mi niña». Él, además, era radiotelegrafista y, de vez en cuando, se conectaba telefónicamente y podíamos escuchar su voz. Es curioso, pero, cuando jugamos la final de la Nations League en 2023 en Rotterdam, me acordé de esa postal y, de alguna manera, pensé que estábamos predestinados a ganarla.

Paradójicamente, la ausencia de mi padre nos hizo ser una familia muy unida porque su falta nos fortaleció como grupo. A pesar de la distancia, nunca nos sentimos alejados de él, y cada vez que venía a casa era una fiesta. Todos juntos, mis cuñadas incluidas, hacíamos un montón de cosas: veíamos Eurovisión, los partidos de la selección, el *Un, dos, tres…* En casa siempre viví un sentimiento de fusión espectacular, fantástico; nos queríamos mucho.

Mi padre era de Bilbao, lo que a mí me permitía tener la posibilidad de jugar en el Athletic. Además, era un gran aficionado al fútbol y nos llevaba a mis hermanos y a mí a San Mamés a ver partidos, así que desde crío fui del Athletic. Mi tío Armando, hermano de mi padre, me mandaba desde Bilbao la revista del Athletic Club, por lo que tenía carpetas llenas de fotos y la habitación empapelada con los pósters de mis ídolos, sobre todo de Txetxu Rojo. De niño, jugaba de extremo izquierdo y me llamaban «rojillo» porque era fan de Txetxu Rojo. Para todos los aficionados del Athletic es importante sentirse de ese club, pero lo es todavía más para los que vivíamos lejos de Bilbao.

Además, en los años setenta, Haro tenía una particularidad: era una parada recurrente de los rojiblancos. En aquellos tiempos, por

los pueblos pequeñitos de La Rioja no pasaba nadie famoso, pero resulta que cerca de Haro hay un pueblo, Santo Domingo de la Calzada, donde veraneaban muchos jugadores del Athletic, que se detenían de camino a tomar algo en Haro. En el bar El Sol y en el bar Pepe.

Así que los niños íbamos a la plaza emocionados a que los jugadores nos firmaran autógrafos. Como es normal, había momentos en los que los futbolistas no te podían atender, y entonces te ibas a casa con una frustración…, con una sensación de pena y desasosiego… Y en uno de esos momentos, mis padres me dijeron algo que me marcó para siempre: «Si un día tienes la ocasión de que alguien te pida un autógrafo, no le decepciones». Y a partir de ahí lo he tenido en cuenta. Ser amable con los aficionados lo he integrado como una parte más de mi trabajo, creo que es una obligación como profesional.

Mi padre también decía una frase que no olvido: «Has de ganarte el derecho a ser escuchado». Y él, desde luego, tras sus viajes por Sídney, Puerto Rico, Río de Janeiro o Buenos Aires, era a quien todos querían oír cuando regresaba a Haro. Hay que recordar que en los años setenta la gente de Haro se iba de luna de miel a Miranda de Ebro, que está a veinte kilómetros. Mis padres, por ejemplo. De mi casa de Haro a nuestra tienda había cien metros, pero mi padre podía tardar hora y media en recorrerlos porque la gente le paraba continuamente para escuchar sus historias. Era un gran conversador. Y él siempre trató a sus vecinos con afecto y naturalidad a pesar de ser un hombre serio, pues fue presidente del Haro Deportivo y presidente de Cruz Roja en el pueblo. Era una persona muy respetada. Y era alto, con muy buen porte, guapo. Yo he salido más a la familia de mi madre.

Es curioso, pero ahora me pasa a mí un poco lo mismo: cada vez

que voy a Haro, no puedo estar mucho en la calle porque es imposible avanzar. Pero la gente sigue regalándome el mismo cariño de siempre y, además, no dejan de recordar a mis padres.

Mi madre, desde luego, era el centro de la casa. Yo crecí en un entorno matriarcal y rodeado de mujeres. Vivíamos con mi madre, mi hermana, mi abuela Amparo, mi tía Dolores y con Pitusa, una señora que ayudaba en la casa y que era una más de la familia. Las mujeres dirigían y marcaban el ritmo de la familia. Mi madre compaginaba el trabajo con nuestra educación, y nosotros respetábamos cualquier orden que diera. Era muy exigente y cariñosa. Trabajó hasta los ochenta años, hasta que no pudo más y tuvo que dejar la tienda. Se levantaba todos los días a las seis de la mañana y se acostaba la última. Recuerdo que le encantaba coser, se hacía su propia ropa. Dormía poco y trabajaba mucho. Mi padre nos decía: «Haced lo que dice vuestra madre», y mi madre, para que hiciéramos lo que ella decía, a veces se tenía que quitar la zapatilla. Oye, y te ponía en tu sitio.

Mis padres nos educaron en el trabajo, en el orden, en la educación, en el respeto; nos incitaron a tratar a todo el mundo bien, a no hacer un mal gesto, a ser cercanos con la gente… Todo esto era innato en mi casa, estaba en cualquier rincón. En mi familia no discutíamos casi nunca. Esos valores me han servido para tener una base muy sólida y, sobre eso, comportarme de manera natural. Trato de ser yo mismo. Mi madre tenía una frase muy buena, y no quiero que se entienda de manera individualista: «Luis, tú a lo tuyo». Es una línea que tengo grabada a fuego y que no significa nada más que «no te despistes mirando a otros lados, haz lo que tienes que hacer, no te justifiques».

A los catorce años decidí comprarme una bici con mi dinero. Mis padres podrían habérmela regalado, pero siempre insistían en que

las cosas no eran gratis y en que se consiguen con esfuerzo, por lo que quise ganármela. Así que me puse a trabajar en una granja a las afueras de Haro. Me levantaba pronto, de nueve a diez iba a clase de alguna asignatura que me había quedado para septiembre y luego cogía la bicicleta que mis padres me habían adelantado (y que les fui pagando religiosamente cada mes) para ir a la granja, que estaba a unos cinco kilómetros.

Allí trabajaba desde las diez hasta la una y media, luego me iba a comer a casa y volvía por la tarde. Me dedicaba a recoger los huevos de las gallinas, clasificarlos y meterlos en cajas. Ganaba sesenta pesetas a la hora, así que el verano se acabó y no me dio para pagar la bici. Pero me lo pasé muy bien y, además, tenía que terminar de pagar la bicicleta, por lo que repetí al verano siguiente. Pero esta vez no fui solo, fui con mi amigo Joaquín, al que le había contado las bondades de trabajar. La verdad es que fue una experiencia muy bonita, muy enriquecedora. Eso fue justo antes de empezar en serio con el fútbol.

La primera pasión

Siempre me han encantado los deportes. De pequeño y durante mi adolescencia, nadaba, corría, jugaba a pelota mano… y se me daba todo bastante bien. Siempre he tenido un carácter y un espíritu de deportista, he sido competitivo. Pero también he sabido aceptar la derrota, entre otras cosas, porque en esta vida se pierde más veces que se gana. Cuando alguien me vencía provocaba que volviese al día siguiente para intentar superarle, y en la mayor parte de las ocasiones caía de nuevo. Sin embargo, esas derrotas nunca me frustraron, al contrario, me motivaban para mejorar. Yo aceptaba con

deportividad que había alguien por encima de mí, y eso me daba impulso para superarme.

Ahora sí, de entre todos los deportes que practicaba, el fútbol ha sido mi pasión. Mi padre era muy futbolero y nos lo transmitió. Sobre todo a mí y a mi hermano Óscar, quien llegó a jugar en Osasuna, que entonces estaba en tercera división. Él era ingeniero y al final decidió no seguir con el fútbol, y eso que era mejor que yo. Mis otros hermanos se dedicaron a actividades diferentes; mi hermana, por ejemplo, continuó con el negocio familiar hasta que se jubiló hace unos meses.

La verdad es que todos en mi familia hemos tenido mucha afición por el fútbol: mis tíos, mis primos, mis hermanos… todos hemos militado en el Haro Deportivo. Ver jugar a mi hermano Óscar fue lo que a mí me motivó. Óscar murió hace apenas dos años.

Yo soy una persona muy constante, muy trabajadora, muy cansino, según asegura algún amigo, pero por entonces no tenía claro que podía ser futbolista. Era un apasionado del fútbol, me encantaba jugar: lo hacía en la calle, en el colegio, en el instituto, en un patio que tenía mi abuela detrás de la casa de la plaza de la Paz… Un patio bastante pequeño, pero a nosotros, de críos, nos parecía tan enorme que lo llamábamos el Bernabéu. Hoy ya no existe. Algo que hay que tener en cuenta es que en los años setenta, en Haro, no había jugado nadie al fútbol a nivel profesional.

Yo no tuve un entrenador hasta los quince años, éramos autodidactas totalmente. De chavales, jugábamos todo el día en la calle. Los sábados, a las cuatro de la tarde, nos juntábamos en la era, en Vista Alegre, y montábamos partidos con piedras haciendo de porterías, un barrio contra otro. Hasta que a los catorce años empecé a entrenar un poco y con quince debuté en tercera división con el Haro, donde tuve a mi primer entrenador y educador, Ramón

Arízaga, quien me explicó la disciplina del deporte. Un familiar me vio, entonces no había ojeadores. Ese familiar, Pedro Zabala, me propuso para una prueba en el Athletic, aquella a la que fui con mi padre, y me cogieron.

Tuve la suerte de que cuando entré en el Athletic mi padre ya había desembarcado unos años antes y trabajaba, para terminar de cotizar, en una empresa de un pueblo cercano a Haro. Así que, desde que empecé mi carrera, pudo seguirme. Todos los domingos estaba ahí en la grada, desde el juvenil, y luego, con mi madre al lado, viéndome en primera división por todos los campos de España.

LA SELECCIÓN

La familia española

Esas aventuras de mis amigos y yo de jóvenes, como cruzar el río Tirón en unos troncos, requerían del trabajo en grupo para atar las cuerdas que los unían. Dependíamos unos de otros. Si escalábamos un edificio abandonado, había que llegar arriba y lanzar cuerdas para que subiera el compañero y, hasta que no ascendía el último, no se iba nadie; estábamos todos allí hasta el final. Había un monte en Labastida, cerca de Haro, que se llama Toloño; eso era como los catorce ochomiles de Juanito Oiarzabal. Teníamos que coronar ese monte. Y lo escalabas con el amigo tirando de ti y tú de él. Eso fomenta el compañerismo, la unidad. Para nosotros ese sentimiento de familia fuera de la familia era algo normal.

Así nos educaron desde pequeños. Si se lesionaba uno, había que bajarle hasta el autobús, llevarle a casa y aguantar el chaparrón que te metían los padres. Y esa solidaridad, indispensable en el mundo del fútbol, la aprendí de esta manera. Entendí que la buena gente es la que se deja la vida por ti, la que es capaz de ayudarte en los momentos más difíciles, y esos momentos pueden ser una herida en el río o una caída en bicicleta.

Yo, cuando selecciono a un jugador, exijo que sea buena

persona. Y para mí una buena persona es alguien que tiene principios, y en el fútbol, eso es ser solidario, generoso, trabajar en equipo con capacidad de sufrimiento y anteponiendo el grupo a la individualidad. Porque he conocido a compañeros que no eran así, que eran unos egoístas, que solo pensaban en ellos, y eso el equipo lo nota, se da cuenta. Así que si puede jugar otro futbolista en vez de ese individualista, mejor. El propio grupo se hace de manera natural. Cuando jugabas en la era no había entrenador y tú querías gente que formara piña. A los egoístas se les decía: «Tú no juegas». O eras un tío con valores de equipo, de trabajo en conjunto, de unión, o no sobrevivías.

A mí, convivir con los jugadores de la selección sub-15, la sub-19 y la sub-21 me ha dado la ventaja de equivocarme menos en la categoría absoluta, al decir: «Este no encaja en el planteamiento». Porque he podido ver la actitud de los futbolistas y comprobar si alguno no tiene un comportamiento adecuado. Y si es así, entonces, lamentablemente, ese jugador no puede venir con nosotros.

Normalmente los grandes jugadores son jugadores de equipo. Además, el conjunto sabe que ese futbolista le ayuda a ganar, por lo que le interesa tenerlo. Puede ser que de puertas para fuera parezca otra cosa, pero de puertas para dentro se ve que los *cracks* son muy buenos compañeros: Di Stéfano, Pelé, Cruyff, Maradona, Cristiano, Messi… No importa lo grandes que sean, no hay ninguna individualidad mejor que el equipo.

La educación

Recuerdo uno de los primeros partidos de Morata en la selección española. Estaba en el banquillo y le saqué a calentar. Estuvo mucho tiempo corriendo y haciendo ejercicios en la banda, esperando a que

le diese la oportunidad de entrar en el campo, pero el partido se torció y finalmente descarté su participación. Así que, cuando terminó el encuentro, me acerqué y le pedí disculpas por haberlo tenido tantos minutos ejercitándose para nada. Él me contestó que no había ningún problema, que estaba para eso, que comprendía que, por encima de él, estaba el interés del grupo. Si algún jugador no entendiera que esta es la postura correcta para la buena convivencia del equipo, no tendría cabida en él.

Como digo, para mí, la educación y el buen trato son imprescindibles, son valores que aprendí de mis padres. Cuando empecé a entrenar a jugadores jóvenes del Sevilla, alguien me apuntó un detalle que le sorprendía: yo llamaba a los jugadores por su nombre de pila y no por el apellido. Además, cuando hablaba con ellos, les decía, por ejemplo: «Tráeme los petos, por favor», y luego le daba las gracias. Supe que entre ellos habían comentado lo excepcional que les parecía mi forma de tratarlos. Sin embargo, a mí me salía de manera natural. «El míster nos pide las cosas por favor y nos da luego las gracias», se decían asombrados en el vestuario jugadores como Jesús Navas, Alejandro Alfaro, José Ángel Crespo o Antonio Puerta. De ahí esa deformación que tengo: cuando hablo con alguien me gusta mirarle a los ojos y preguntarle cómo se llama.

Repito, a mí me gusta llamar a la gente por su nombre, y soy, en general, muy bueno acordándome del apelativo de la gente que conozco. Pero me ocurrió algo cuando jugaba en mi segunda etapa en el Athletic. Todas las mañanas me encontraba con un vecino en el garaje, un señor mayor al que saludaba llamándole Venancio. Era un hombre que, además, me recordaba mucho a un antiguo profesor mío que, casualmente, también se llamaba Venancio. Él me devolvía el saludo con mucha amabilidad.

Un día se me cayeron las llaves de casa por el hueco del

ascensor, así que recurrí al conserje, quien me comentó:

—Tienes que pedirle al presidente de la comunidad que llame a la empresa de ascensores. El presidente vive en el segundo izquierda y se llama Pío.

Subí hasta el segundo piso con mi mujer, llamamos al timbre, se abrió la puerta de la casa y apareció… ¡Venancio! Yo me quedé cortado y entonces, para salir del trance, le dije:

—¡Hombre, Pío!, ¿qué tal estás? Mira, esta es mi mujer, Charo; Charo, este es Pío.

Y entonces él le explicó a mi mujer:

—Vamos a ver, yo no me llamo Pío, me llamo José, pero Luis me llama como quiere.

Parece ser que el conserje tampoco tenía muy claro el nombre de aquel señor.

Pero, al margen de aquella anécdota graciosa, yo tengo muy buena memoria para los nombres. Creo que es educado y respetuoso preguntarle a la gente cómo se llama y hacer un esfuerzo por acordarte. Me gusta ser afable. Ahora bien, no hay que confundir bondad con debilidad. Yo soy un defensor de la bonhomía, yo quiero gente buena a mi lado. Yo me considero bueno, pero no me duelen prendas cuando hay que sacar el colmillo. Porque una cosa es ser bueno y otra no tener carácter. Nuestras amadas abuelas nos decían: «Hijo, de puro bueno que eres, eres tonto». Eso se escuchaba mucho en los pueblos. Y al final ese mensaje puede ir calando y hacerte pensar que no hay que ser bueno porque eso te convierte en tonto, pero no es verdad, son cosas totalmente distintas. Para mí la palabra clave en todas las relaciones es «respeto».

2

TANTAS VECES YO SOÑÉ...

Un jarrero en el juvenil

Cuando llegué al equipo juvenil del Athletic, allí estaban los mejores jugadores de Vizcaya. Y, para mi sorpresa, vi que no desentonaba. Y no solo eso: en los dos años que estuve en el juvenil, fui el máximo goleador. Fue entonces cuando empecé a tomar conciencia de mi capacidad y mis posibilidades. Y eso que en aquel tiempo el juvenil no era solo de chicos de quince años, la edad que tenía yo, sino que había chavales de hasta dieciocho. Pero yo ya estaba acostumbrado a esas diferencias porque, cuando jugaba en la era de Haro con trece o catorce años, también me enfrentaba a las patadas y los empujones de los chicos de dieciocho. Y ahí no cabía protestar, tenías que callarte y seguir peleando. Eso te forja el carácter y tu actitud ante la vida. Yo siempre he sido un gladiador, un peleón, en el mejor sentido, un competidor. Aquellos partidos en la calle eran a cara de perro.

Allí, en Bilbao, pensé: «Joder, si se me da bien…». Hasta fui internacional juvenil. Y entonces es cuando me dije: «Vamos a ver hasta dónde puedo llegar», pero sin tener el objetivo de ser futbolista profesional. Solo quería seguir disfrutando, ir día a día. Además, en el juvenil tuve como entrenador a Iñaki Sáez, que fue una bendición. Era un hombre con un corazón, unos valores y unos principios… Te ponía en tu sitio con mucha educación, con respeto, con cariño, eso fue maravilloso.

No tardé en comprender que aquel era mi trabajo. Aunque aprendí a ser un verdadero profesional más adelante, porque en aquellos años, a finales de los setenta, en el juvenil del Athletic no

había cultura deportiva. Es decir, no se cuidaba la alimentación, no había nutricionistas. En las mesas de los veteranos se bebía vino antes de los partidos. Así que yo simplemente gozaba el momento.

Sin embargo, el disfrute estaba mezclado con la nostalgia. Al principio me fui a vivir a casa de unos familiares y eso me facilitó mucho la vida, pues echaba mucho de menos a mi familia, con la que hablaba, como mínimo, tres veces al día desde aquel teléfono fijo. Esas conversaciones me hacían sentir muy cerca de mi casa, y siempre estuve muy próximo a mis hermanos y a mis padres. Incluso cuando ya jugaba en primera división y vivía con unos compañeros de equipo —Miguel de Andrés, Fernando Tirapu y Carlos Purroy— en un piso en Algorta, yo seguí hablando todas las noches con mis padres.

Mi padre seguro que se sentía muy orgulloso de mí, estaba jugando en *su* club, pero cuando volvía a Haro me daba un toque, como el que le daba el esclavo al césar recordándole que era mortal, diciéndome: «Luis, estás en tu pueblo, con tu gente, aquí eres uno más». Y eso fue importante. Así vivía mis regresos a casa, con naturalidad, sin cambiar nada: me juntaba con mis amigos de siempre, con mis hermanos, y en las fiestas hacía lo mismo que la cuadrilla, estábamos en las peñas… La nuestra se llama Iturri, y en ella siguen hoy mis sobrinos.

La verdad es que no me costaba dejar Haro y volver a Bilbao porque siempre me integré muy bien y rápido en la ciudad. En mi pueblo había una colonia vizcaína muy grande. En verano, desde el inicio de las fiestas, el 24 de junio, hasta septiembre, convivía con gente de Bilbao y alrededores que veraneaba en Haro. Así que, cuando llegué a Bilbao, para mí fue como una prolongación de los partidos de verano: veraneantes contra los de Haro.

Además, en Bilbao tenía familia, tíos y primos, y por otro lado,

nada más llegar, me junté con compañeros que venían de otros pueblos de Vizcaya que también vivían en pisos. Allí nunca me sentí un extraño, fui muy bien recibido, igual que en el Athletic, a pesar de que, probablemente, era el primer jugador no nacido en el País Vasco. Me llamaban Jarrero, Riojano, Rioja... y para mí era un orgullo que me identificaran con mis raíces.

El césped de San Mamés

La primera vez que pisé el césped de San Mamés fue en las semifinales de un partido de juveniles de Copa del Rey: Athletic-Barça. Más de veinte mil personas en las gradas. Cuando salté al campo, para mí fue como en la película *Gladiator*, cuando los luchadores salen mirando a la grada del Coliseo como diciendo: «Pero ¡¿qué es esto?!». Y resulta que yo metí el penalti definitivo que nos clasificó para la final. Javi Clemente era el entrenador.

Nuestra final se jugó días después en el Calderón, justo antes de la de los profesionales; nosotros hacíamos de teloneros. Perdimos contra el Sevilla 3-1 y a continuación el Valencia ganó al Real Madrid con dos goles de Mario Kempes.

Luego volví al césped de San Mamés gracias a que empecé a entrenar con el primer equipo. Entonces —aún pasa ahora—, la subida al primer equipo era gradual. Los entrenadores te decían: «Hoy entrenáis con el primer equipo tú, tú y tú». Y allí…, un respeto… No entrabas en el vestuario hasta que lo hacían los profesionales, esperabas fuera. Y cuando salías te ponías a la cola del grupo, que te llevaba hasta el campo de entrenamiento en Lezama. Al finalizar el trabajo, ¿quién cogía los balones? ¿Y los petos? Los chavales. En el Athletic esta jerarquía estaba muy

interiorizada. Terminaban los veteranos de dar pelotazos para arriba y para abajo en el entrenamiento y tú, hasta que no recogías todos los balones y los metías en una cesta, no te podías ir.

El día que te permitían vestirte en el vestuario, permanecías de pie, esperabas a que todos ocupasen las perchas y, si quedaba alguna libre, colgabas tu ropa. Y si no había ninguna disponible, tenías que buscar algún rincón para los pantalones y la camisa. Eso te marcaba un respeto hacia el veterano.

Al día siguiente de entrenar con el primer equipo, o te llamaban otra vez, o tenías que esperar una semana o dos hasta volver a ejercitarte con ellos. Pero así empezaba una convivencia con los mayores que, en Bilbao, era cercana, pues la mayoría de los jugadores que estaban en el primer equipo, por no decir todos, habían estado igual que nosotros.

Recuerdo cuando entré en el vestuario y me encontré cara a cara con mi ídolo: Txetxu Rojo. Incluso le enseñé la foto que me había firmado en el bar Pepe de Haro cuando era pequeño. Para un crío de pueblo, en los años setenta, tener la posibilidad de ir al Athletic y llegar a un vestuario y estar con tu héroe… Aquello era inimaginable para mí. Significó muchísimo. Además, me acogió con los brazos abiertos, me cuidó, me atendió, tuvo siempre conmigo una relación muy paternal. Y en los dos años que coincidí con él en el primer equipo formamos banda: jugaba yo de lateral, Txetxu Rojo por delante y Argote arriba. ¡Casi nada esa banda!

Hay algo que admiro mucho de los toreros y es que a los mayores, aunque se hayan retirado, siguen llamándolos «maestro». Yo soy de esa cultura. Tuve la oportunidad de estar con Zarra, con Piru Gaínza, que fue delegado de Clemente y quien realmente me firmó. He coincidido con jugadores míticos del Athletic, llegué y, joder, ¡ahí estaba José Ángel Iribar, el Chopo! No jugué con él por un

año, pero sí entrené a su lado. Para mí estas eran cosas muy importantes, convivir con leyendas del Athletic.

Javi Clemente y la exitosa psicología del «por mis cojones»

Hubo un tiempo en que se decía: «Este entrenador es un buen psicólogo». Bueno, la psicología de Clemente, quien también había sido uno de mis ídolos de pequeño, era: «¡Por mis cojones!». Javi fue mi entrenador en el segundo año en el juvenil, en el Bilbao Athletic y en el primer equipo. Probablemente haya sido el hombre que más tiempo me ha entrenado, así que, en el plano deportivo, pero también en el humano, ha sido una figura clave en mi vida.

Las cosas con Clemente se hacían de una manera determinada porque él lo decía. Y punto. Javi era un tío con mucho carácter e imprimió al equipo la sensación de que podíamos ganar la liga cuando el año anterior habíamos sido novenos o décimos. Llegó el primer día y sentenció: «Este equipo va a ganar la liga». Y empezamos la temporada y pum, pum, pum, pum, pum, pum… y de repente… «¡Oye, que igual ganamos la liga!». Era un equipo muy bueno, pero lo hizo él. Así como Iñaki Sáez era todo bondad y cercanía, Javi era más directo, más de: «Esto hay que hacerlo y se hace así». También, por supuesto, nos transmitía valores: trabajo, sacrificio, esfuerzo, convencimiento, superación, exactamente igual que otros entrenadores, pero dicho de otra manera.

Ensamblamos un grupo muy compenetrado. Es parte de la cultura del Athletic, lo hacíamos con Iñaki Sáez, con el Chopo y con Clemente: después de cada entrenamiento íbamos a un bar cerca de Lezama. Todos. ¿Qué tomabas? No tomabas agua. Tomabas cerveza,

pinchos de tortilla… y luego te ibas a comer y a echarte la siesta. Pero habíamos estado todos juntos ahí. Eso hacía de nosotros un equipo muy sólido, muy potente y competitivo, independientemente de las diferencias generacionales: yo tenía dieciocho años y Txetxu, treinta y seis. Dani tenía veintiocho y Goiko, veintiséis. Yo no salía luego con los mayores, cada uno tenía su cuadrilla, pero en aquel momento, en el entrenamiento y en el bar, estábamos juntos. Yo alternaba con los más jóvenes, lógicamente, con los De Andrés, Patxi Salinas, Urtubi, Julio Salinas…, pero teníamos un sentimiento de unión muy fuerte.

Javi es el primero que cambia las concentraciones de los equipos. Antes se hacían previas al partido. Javi las hizo después, para que no salieras. La concentración previa era voluntaria. Pero nos juntábamos todos. Lo más normal era que la noche antes del partido cenara junto todo el equipo. Si éramos dieciséis convocados, pues catorce estábamos allí, seguro, jugando a las cartas hasta las mil o simplemente charlando. Potenciar el grupo fue decisivo. Y esa unión ha sido una de las bases de mi carrera como entrenador.

La primera liga

Era la temporada 82-83. Última jornada de liga. Nosotros jugábamos en Las Palmas. Para llevarnos la liga necesitábamos ganar y que no lo hiciera el Real Madrid en Mestalla. Empezamos perdiendo 1-0, gol en propia puerta de Miguel (de Andrés). Y luego ganamos 1-5.

Pero, a pesar de nuestra victoria, nadie pensaba que íbamos a ganar el título porque se jugaba un Valencia-Real Madrid y todos los medios de comunicación se habían ido a Valencia a celebrar la victoria del Madrid, pero resulta que ganó el Valencia, y nos

proclamamos campeones de liga. Los periodistas que estaban en Las Palmas eran prácticamente los segundos o terceros espadas de todos los medios de comunicación. Fue una fiesta allí en Las Palmas… Pobre de mí, recuerdo que cuando terminó el partido llamé a mi casa desde la habitación del hotel y les dije a mis padres: «¡Ya me puedo retirar del fútbol!».

Hacía veintiséis años que el Athletic no ganaba una liga. Fue una explosión de alegría tremenda. Tuvo lugar un sábado 1 de mayo. Dormimos en Las Palmas. Al día siguiente, cogimos un vuelo hasta Madrid y también hicimos noche allí para dar tiempo a que preparasen las celebraciones en Bilbao, porque no habían previsto nada. Acabamos llegando a Bilbao dos días después de ganar la liga. Y al bajar del avión la pista estaba llena de gente: los aficionados habían saltado las vallas. Tardamos en alcanzar el autobús… Luego nos fuimos al puerto deportivo a comer y, finalmente, la gabarra.

Durante toda la semana siguiente estuvimos celebrándolo. Incluso nos recorrimos Vizcaya entera de pie en la parte de atrás de un camión. Aquellos días comíamos y cenábamos casi todo el equipo junto, íbamos de celebración en celebración.

Poco después, para seguir festejando, nos fuimos unos cuantos a la República Dominicana: los hermanos Salinas, De Andrés… Nos pagamos el viaje con la prima que cobramos por el triunfo. Tanto es así que Patxi y Julio Salinas no tenían dinero y Miguel de Andrés y yo (bueno, más Miguel de Andrés que yo) les dejamos dinero para que pudieran venir con nosotros.

Allí andábamos los cuatro por la República Dominicana divirtiéndonos y viviendo experiencias nuevas. Recuerdo que una noche salimos y, al cabo de las horas, les dije que me retiraba al hotel. Mientras buscaba un taxi, un dominicano que estaba por allá se ofreció a llevarme. Así que me metí en su coche y me fui. Nada

más irme, un señor del bar les advirtió a Patxi, a Julio y a De Andrés: «Oye, el tipo con el que se ha ido tu amigo es un bandido, que tenga mucho cuidado». A mis compañeros les faltó tiempo para salir corriendo detrás de mí y, cuando llegaron al hotel, aporrearon la puerta de mi habitación.

—¡¿Qué pasa?! —pregunté cuando salí.

—Pero ¡¿cómo te has ido con ese?!, que nos han dicho que es un sinvergüenza —me regañaron.

Y yo les contesté:

—Pues a mí me ha traído hasta aquí sin problema. Y gratis.

Días de *txakoli* y rosas

Entonces no había redes sociales ni el seguimiento que tienen hoy los futbolistas, por lo que eras más libre para hacer lo que querías. Años después, cuando a Javi Clemente le preguntaron: «¿Y tú no tenías miedo de que tus jugadores estuvieran por ahí de fiesta?», él respondió: «Yo, sabiendo que De Andrés, Patxi Salinas y De la Fuente estaban en casa, me quedaba tranquilo». Los demás no alternaban, sobre todo si estaban casados, pero nosotros vivíamos solos y salíamos sobre todo los jueves, porque el viernes era día de baño y masaje y no hacías nada. «Sauna, bañera, duermo… y el sábado estoy ya para jugar (o el domingo)».

Era joven, tenía un BMW, una American Express Oro… Era un privilegiado y puede que aquellos lujos se me subieran a la cabeza. Gastaba mucho en ropa, siempre me ha encantado la ropa. Y mi madre me decía: «Luis, ahorra, que esto no dura para siempre». Cobrábamos bien pero tampoco una barbaridad, no eran sueldos multimillonarios. Igual el primer año que jugué en primera división

gané un millón y medio de pesetas. No era tanto. En 1980 un piso te costaba doce millones, tenías que jugar unos cuantos años para comprarte uno. No es como ahora. Pero esa conciencia del ahorro, la responsabilidad del gasto, la fui adquiriendo más tarde, cuando me casé por primera vez, a los veinticuatro años, y nació mi hijo Alexander.

LA SELECCIÓN

El capitán

Cuando llegué a la absoluta, para los dos primeros partidos fui yo quien eligió al capitán. Pero enseguida me di cuenta de que no hacía falta que designase a nadie. Los capitanes se «hacían» de forma espontánea; los veteranos eran los que tenían más peso en el equipo y se convertían en la referencia para dirigir el vestuario. El liderazgo es algo que no se fuerza, brota de manera natural; esa aura, que dicen ahora mucho los jóvenes, es algo invisible que se refleja en los gestos, en la manera de expresarse, en el comportamiento. Quien tiene esa aura es el líder.

El capitán es clave en un equipo, y desde que soy seleccionador han coincidido siempre la veteranía y el liderazgo. Morata, Merino, Oyarzabal, Dani Olmo, Rodrigo, Unai Simón, Dani Carvajal, Jordi Alba… son un ejemplo. El equipo les sigue, los escucha, permite que lleven las negociaciones de todos. Son los que median entre el grupo y yo. Y Jesús Navas, claro. Mi relación con Jesús es diferente, va más allá. Conocí a Jesús cuando él tenía quince años.

Cada capitán es distinto, cada uno lidera a su manera. Jesús Navas, por ejemplo, era un referente para todos, alguien muy importante dentro del grupo. Sin embargo, no vociferaba, era

tranquilo; ese era su carácter: él era el líder discreto. Y ese es el que me gusta. Su poder se basaba en todo lo que representaba, no en ser el más ruidoso.

Álvaro Morata es un tío que llega al corazón, es tan generoso que el equipo está con él a muerte. Se acerca al joven, al lesionado, al mayor. Morata es un líder a quien agradezco su valor y su responsabilidad, como cuando tiró el penalti en la final de la Nations League contra Portugal. Yo estaba convencido de que nos iba a dar la gloria, por eso tomé la decisión de que lo lanzara él. Sin embargo, falló. Esos errores siempre son posibles, no meter un penalti entra dentro de las posibilidades. Pero lo llamativo fue su tranquilidad, su entereza y su fortaleza mental, pues fue él, tras la derrota en la final, quien nos animaba a los demás.

Hay otros que con más seriedad y distancia también ayudan en todo lo que pueden. El concepto de ayuda tiene que estar en todos los liderazgos. Estás para servir, no para servirte de tu posición. Y el que no es capitán, sigue a los capitanes porque sabe que un día lo será él y demandará lo mismo.

A mí los capitanes me marcaron. Cuando llegué al Athletic, Txetxu Rojo era el capitán. Era la elegancia, la clase, un superjugador, un guía, un mito. Y luego, cuando jugué en el filial, veía al Chopo hablando en el vestuario, moviéndose en el campo, y te quedabas maravillado. Son personas con carisma. Entonces no había cuatro capitanes, había uno. Y Dani, otro que apenas tenía que hablar para que todos asintiéramos, era tremendo, otra leyenda del fútbol.

La consideración hacia el veterano en nuestro tiempo era muy potente. Ahora ha cambiado. Ahora el mayor se tiene que ganar el respeto día a día, no se da por sentado. Nosotros estábamos formados por unos valores adquiridos en casa y en el colegio que te

invitaban a llamar a la gente de usted y a cederle el asiento a una señora en el autobús. Ahora no tanto. Los jóvenes ya no ven tan clara esa jerarquía. Piensan que todos somos iguales. También es cierto que los mayores tratan a los críos como iguales. En los años setenta, estar con un hombre de treinta y seis años era estar con un señor mayor. Hoy, un tío con treinta y cinco años es un chaval. Ha cambiado la visión que teníamos de la gente mayor, pero en cualquier ámbito de la vida.

La multiculturalidad

La selección es como la sociedad: un lugar globalizado. La globalización ha llegado también al fútbol de una manera natural. La multiculturalidad, la disparidad de creencias religiosas, las diferencias ideológicas… todo esto está en la selección, pero, eso sí, con un sentimiento de pertenencia muy importante. Cala el concepto de unión, de defender algo que nos identifica. Lo importante es que todos buscan el bien común, porque quieren lo mejor para su compañero, porque son conscientes de lo que representamos.

Es gente tan generosa, con tanto sentido de la colaboración, de la ayuda… que deja sus ideas a un lado. Estamos representando a un país. La convivencia funciona si todos ponemos de nuestra parte, si somos empáticos de verdad. Y la gente que selecciono es empática y noble. Dentro de las diferencias, buscamos puntos de encuentro.

Nuestra labor es localizar y convencer con un proyecto deportivo atractivo a jugadores como Lamine, Huijsen, Le Normand o Laporte, sin ir más lejos. Pero para que esta clase de futbolistas entren en la selección se tienen que dar tres supuestos: que puedan jugar (porque tienen la nacionalidad y porque no lo han hecho ya con otro

país), que quieran y que sean convocados. Para mí, la segunda condición es la más importante. Está el caso de Achraf Hakimi, que vino conmigo convocado en la sub-19, pero, en un momento puntual, el cuerpo le pidió jugar con Marruecos. Y me parece muy bien. Hay jugadores a los que les pesa mucho la cultura de un país o el apego emocional a la hora de escoger a qué selección entregarse. También hay otros que pueden pensar que es muy difícil jugar con España, pero que es más fácil hacerlo en otra selección y tener así la oportunidad de ir, por ejemplo, a un mundial.

3

A LA ORILLA DEL GUADALQUIVIR

Agur, Athletic

En el año 1987, después de siete temporadas en el Athletic, terminé mi contrato. Justo aquella temporada había desaparecido el derecho de retención, que consistía en que el club al que pertenecías podía conservarte en sus filas mientras te aumentase un 10 por ciento el salario cada año. Yo entonces me encontraba arriba, era de los jugadores importantes en el equipo, era de los campeones de liga y Copa, y empecé a recibir ofertas del Barcelona, el Real Madrid, el Atlético de Madrid y el Athletic, que me ofreció renovar.

Mi representante en aquel momento, Juan Elejalde, habló con el Real Madrid, con Mendoza; con Joan Gaspart en el Barcelona, y con el Atlético de Madrid, donde estaba Jesús Gil y Menotti, su entrenador, que me tenía en el equipo ideal para el curso siguiente. Pero lo del Real Madrid y lo del Barcelona se acabó enquistando. Finalmente, el Atlético de Madrid me hizo una buena oferta, pero, de repente, el Sevilla se descolgó con una propuesta muy atractiva. Así que comencé a tener conversaciones paralelas con los dos clubes mientras me debatía sobre qué equipo escoger.

Estaba, pues, aquel verano deliberando en Haro cuando apareció un tipo nuevo por el pueblo. Se paseó por la plaza y entró en la tienda de ropa de mis padres. Allí preguntó por mí. Para explicar su búsqueda dijo que era periodista, así que le dieron la dirección de la casa de mis padres, donde yo estaba de vacaciones. Le recibí y nos sentamos a hablar. Fue entonces cuando me confesó que no era periodista, sino un representante del Sevilla y que venía a convencerme para que fichara por los de Nervión. Estuvimos

hablando toda la tarde y finalmente, a las doce de la noche, firmé un preacuerdo con cantidades y años.

Tras cerrar el contrato, mi padre y yo llevamos a aquel hombre esa misma noche a Logroño, donde tenía que coger un tren de madrugada. Y recuerdo el silencio en el coche a la vuelta. Me empezó a entrar el vértigo de haber firmado precipitadamente. Entonces, le confesé mi nerviosismo a mi padre, pues se acababa de consumar otro gran cambio en mi vida. Me iba a vivir a mil kilómetros de mi casa. En aquel tiempo las distancias eran más complicadas, de Bilbao a Sevilla se tardaba doce horas en coche. Solo había tres aviones a Sevilla por semana que salían de Vitoria. Llegué a Haro y me costó dormir.

Ahora soy yo

Cuando Javi Clemente se enteró de que había firmado por el Sevilla, aseguró: «Luis no va a tener ningún problema en adaptarse». Y así fue. Llegué un 12 de julio y el 1 de septiembre ya bailaba sevillanas. En serio. Pensé que eso era importante para integrarse, así que, nada más aterrizar, me apunté a una academia. De hecho, al principio, cuando teníamos comidas con los compañeros, me decían: «¡Venga, que baile el de Bilbao!». Y yo, de repente, salía a bailar ante el asombro de todos. Se consumó el pronóstico de Clemente: me hice rápido al ambiente, a los compañeros, al nivel de exigencia profesional, a otra ciudad, a vivir solo… Sevilla y yo encajamos muy bien.

Me incorporé al equipo siendo un jugador importante del Athletic, pero en aquel club dije: «¡Joder!». Yo venía de una plantilla donde todos eran vascos y allí me encontré a un brasileño, a un

escocés, a un argentino… Allí estaba Josimar, quien fue el mejor lateral del Mundial de México, McMinn, Diego Rodríguez Fernández…, aparte de Rafa Paz, Moisés, Francisco, Mino, Salguero o Manolo Jiménez. Había que empezar a ser más profesional. Los entrenadores incluso te trataban de usted. Yo allí era uno más, no el veterano que había ganado dos ligas, una Copa y una Supercopa. Pero me lo tomé como un acicate para seguir mejorando. La verdad es que no recuerdo ninguna época en mi vida en la que me haya hundido, soy muy fuerte psicológicamente. Soy un tío que no tira la toalla, soy constante donde los haya, he tenido mil lesiones que me privaron de haber llegado más lejos como futbolista, pero no me di por vencido. No bajo los brazos. Soy de la generación de Rocky Balboa: a mí me pegas y me pegas y al final me caigo. Pero me vuelvo a levantar y sigo y sigo y sigo…

Fue allí, en Sevilla, donde aprendí a ser más profesional, ya a los veintisiete años. Comencé a cuidarme, a tener otra mentalidad respecto a mi profesión, entendí que muchas de las lesiones que había sufrido eran porque llevaba una vida desordenada. Me di cuenta de que nadie te regala nada. En Sevilla, poco a poco fui madurando hasta que un día hice un clic y pensé: «Coño, es esto, ¡ahora soy yo!». Y en Sevilla también conocí a mi mujer, a Charo, con quien tengo dos hijos.

Nuevos amigos, nuevos entrenadores

Para mi maduración en Sevilla fueron muy importantes algunos compañeros y entrenadores. Al principio estuve viviendo con Pepe Salguero, quien llegó al equipo al mismo tiempo que yo. Nos hicimos muy buenos amigos. Él estaba estudiando Derecho y yo había

empezado Sociología en Bilbao. Como no podía seguir la carrera en Sevilla porque allí no había esa especialidad, me matriculé con él en Derecho. Entrenábamos por la mañana y por las tardes íbamos a clase. Él cursaba tercero y yo, primero. Recuerdo que un día estábamos en una esquina de la cafetería de la facultad esperando a que nos sirvieran, y el camarero no venía, no venía… Le hacíamos gestos y nos ignoraba. Hasta que un estudiante de la mesa de al lado que nos conocía nos aseguró: «No os va a servir». Nos quedamos desconcertados.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es bético.

Nos partíamos de la risa.

Otro buen amigo era Pablo Bengoechea, un compañero uruguayo más joven que nosotros pero que parecía nuestro padre. Ya venía casado. Pablo y Pepe me ayudaron a organizarme la vida, me metieron rápidamente en la profesionalidad y me permitieron dar un salto cualitativo en el plano futbolístico y personal.

En Sevilla tuve como ocho o nueve entrenadores en cuatro años. Entre ellos, siempre recordaré con especial cariño a Xabier Azkargorta. Otro entrenador importante para mí fue Vicente Cantatore, un hombre muy humano. Sus mensajes estaban basados en la suerte que teníamos de jugar al fútbol. Nos repetía que había muchos chicos que eran mejores que nosotros y estaban trabajando en una herrería, una fábrica o una zapatería. Él era argentino y había entrenado en varios países de Sudamérica, así que nos recordaba: «Con lo que vosotros ganáis aquí podríais compraros una cuadra (manzana de edificios) allí». Así que, poco a poco, empecé a valorar las cosas que tenía, a ser más ahorrador, a comprender que hay un futuro. Hasta ese momento había vivido pensando que aquello no se acabaría nunca, la juventud, el fútbol… Pero sí se

acaba.

La verdad es que lo pasé muy bien en Sevilla, el ambiente en el equipo era muy bueno, hacíamos bromas, nos picábamos. Recuerdo que yo hacía flexiones en el vestuario con un solo brazo, como Rocky. Nos reíamos mucho. Era un grupo muy alegre, con Antonio Álvarez te morías de risa y con Moi Rodríguez, con Jesús Choya… yo estaba todo el tiempo llorando de risa. Me acuerdo de una concentración de pretemporada en Estella en mi primer o segundo año. Los capitanes nos convocaron en una habitación que tenía una terraza muy grande. Allí íbamos todos a decidir qué primas queríamos pedirle al club. Cuando llegué a la terraza vi veinte sillas y sobre cada una de ellas, una libretita, un bolígrafo y ¡un puro! Me moría de la risa.

La fe

Yo vengo de una familia católica, y de crío iba a misa, incluso era monaguillo. Sin ninguna imposición, de una manera natural, mis padres nos transmitieron su fe. Recuerdo mi primera comunión como un día muy importante en el que no pudo estar mi padre. Como digo, soy un creyente convencido, pero tuve una época en la que me alejé de la religión. Cuando tienes veintipocos años y piensas que todo son viajes, tarjetas de crédito, coches, chicas… Yo viví un momento de la juventud en el que me creía más de lo que era.

Cuando llegué a Sevilla y me tomé el fútbol de manera más profesional, también vi que había cosas a las que había dado importancia y que no significaban tanto para mí. La vida de joven despreocupado y hedonista ya no me llenaba. Mi responsabilidad profesional y familiar había cambiado y, sobre todo, mi compromiso

conmigo mismo. En Sevilla me rodeé de otra cultura y, además, acusé estar lejos de casa. Así que empecé a sentir que necesitaba un soporte vital, ansiaba seguridad. Yo me he hecho a mí mismo, me fui de mi hogar a los quince años, siempre he sido autosuficiente, pero, de repente, me percibía incompleto. También es cierto que estaba recién separado y eso acentuó la sensación de vacío.

Echaba de menos algo sólido que me reforzase y sobre lo que construir un futuro. Regresar a la compañía de Dios fue consecuencia de mi salto de madurez.

En nuestra época, en el Athletic, se rezaba el padrenuestro antes de los partidos. En Lezama, en las concentraciones, venía siempre un sacerdote a darnos misa. Cuando viajabas a los sitios a jugar, muchos jugadores acudíamos a la iglesia antes del partido. En la selección, donde hay gente de varios credos, no hay nada religioso. Pero sí veo que unos cuantos futbolistas llevan estampas de cristos o vírgenes en las espinilleras o que portan en el cuello cruces o medallas. Yo, desde luego, rezo siempre y me santiguo con frecuencia, incluso cuando paso por delante de una iglesia. Antes de cada partido, mi buen amigo Justo Montoya acude a la basílica de La Vega a ponerle una vela a nuestra virgen y a Jesús. Y en el coche toco a mi Virgen del Carmen y llevo a los partidos un rosario que me regaló mi hermano Rodrigo.

Cuando me levanto le doy las gracias a Dios por estar vivo, por estar sano. Ya se han muerto amigos de mi cuadrilla, gente incluso menor que yo. Me reafirmo en mi fe cada día. No soy ningún fanático, no soy un fundamentalista. Desde el convencimiento, la inteligencia y la serenidad, soy creyente, y a mí eso me da una fortaleza tremenda. Solo pido respeto por mis creencias como yo respeto las ajenas.

Subidas y bajadas

El entorno del Athletic era muy familiar, y a mí en San Mamés no me pitaron nunca. En el Sánchez Pizjuán me temo que alguna vez sí. El público en Bilbao es muy paternal, pero en Sevilla había mucha más presión. El presidente, Luis Cuervas, estaba intentando hacer un equipo muy competitivo que luchara por títulos. La exigencia mediática también era mayor.

Mi primer partido con el Sevilla fue un Sevilla-Betis. Caímos 1-2. Creo que fue el único partido que perdí ante el Betis en los cuatro años de sevillista. La verdad es que me fue muy bien durante las dos primeras temporadas en las que jugué de centrocampista. Por la izquierda estaba Manolo Jiménez y yo me situaba más adelantado. Todo iba fenomenal, pero, de repente, en la tercera temporada cambió el entrenador: llegaron Vicente Cantatore y Lucho Saavedra, y no contaron conmigo. Ese tercer año jugué poco. Pero yo soy muy disciplinado y buen compañero, así que respetaba que estuviera participando otro si así lo había decidido el míster. Eso sí, no fui conformista, yo entrenaba a tope, siempre pensando que me llegaría la oportunidad. Aparecía el primero en los entrenamientos y me iba el último. Ya había asimilado mi profesionalidad.

Al inicio del cuarto y último año me pasó algo sorprendente. Estábamos concentrados en Oviedo para jugar nuestro primer partido de liga. Mi amigo y compañero Pepe Salguero y yo descansábamos, ya de noche, en la habitación del hotel a pocas horas de un partido que sabía que iba a disputar cuando sonó el teléfono de la mesilla. Lo cogí y resultó ser un representante del Logroñés diciéndome que me querían fichar para esa misma temporada.

—Pero ¡si mañana empezamos la liga!, y, además, voy a jugar de

titular contra el Oviedo —le expliqué.

—Pues, Luis, tienes que hacer lo que sea porque queremos firmar contigo por tres temporadas. Aquí están locos por que vengas.

Tenía que tomar una decisión inmediatamente, ya que entonces el reglamento estipulaba que si jugabas un solo minuto con un equipo durante la temporada, ya no podías fichar por otro club. Con el equipo con el que empezase jugando, ahí me quedaba.

—Bueno, déjame que lo piense y hablamos mañana —le contesté. Lo cierto es que me hacía mucha ilusión volver a La Rioja, a casa, pero, por supuesto, acataría la decisión del club.

A la mañana siguiente hablé con mi entrenador en el Sevilla, Vicente Cantatore, y con el presidente, Luis Cuervas, y me dijeron: «Pero, Luis, ¡¿estamos locos?!». Y la verdad es que tenían razón, era una locura cambiar así de equipo, a horas de empezar la liga. Así que llamé al Logroñés y desestimé la oferta. Poco después jugué el partido contra el Oviedo, y tras él, encadené tres o cuatro encuentros como titular hasta que empecé a desaparecer de las alineaciones. Pero entonces esa Navidad volví a casa, a Bilbao. Y coincidí con un directivo y amigo del Athletic, que me planteó la posibilidad de volver al club. Sin embargo, aquella conversación se quedó en el aire.

Regresé a Sevilla y poco después se lesionó Manolo Jiménez, así que comencé a ocupar su puesto. Se me abrió una ventana y la aproveché, porque estaba preparadísimo a pesar de no haber jugado casi nada en el primer tramo de la temporada. Hice una estupenda segunda vuelta. Recuerdo que en San Mamés cuajé un partido fantástico. Ese gran nivel fue lo que propició que el Athletic, a final de temporada, me hiciese una oferta en firme. Y la acepté.

Regresamos a Bilbao unos cuantos jugadores veteranos. El club

quería recomponer el equipo, apuntalarlo con gente de más experiencia que complementase a los jóvenes. También tuve una propuesta del Olympique de Marsella, incluso vinieron a verme, pero aquello quedó en nada. Yo estaba encantado de volver a casa.

Toros y Julio Iglesias

Haro tiene varias peculiaridades. Una de ellas es que fue, junto con Jerez de la Frontera, la primera ciudad de España con luz eléctrica. Eso fue debido a la potencia económica de la industria del vino. Haro tenía estación de tren, no apeadero; Banco de España y una plaza de toros que data de 1886. Plaza de toros fija, con tendidos de piedra y con capacidad para casi todo el pueblo.

A esa plaza me llevaban mis padres de niño, con siete años o así. A mi madre le encantaban los toros, más que a mi padre, y era fan de Curro Romero. Y en aquella plaza vimos a los mejores espadas: a Palomo Linares, a Paco Camino, a Curro Romero, a Antoñete… Esas tardes en el tendido me hicieron ser un gran aficionado a la fiesta. Sin embargo, nunca quise ser torero. Eso sí que me imponía.

También fue en una plaza de toros, en la Maestranza de Sevilla, donde vi a uno de mis grandes ídolos, a Julio Iglesias. He ido a varios conciertos suyos, pero recuerdo especialmente aquel de la Maestranza y otro también en Sevilla, en el Sánchez Pizjuán. Y tampoco olvidaré nunca mi encuentro con el propio Julio en un hotel de Bilbao. Él había cantado en el Palacio Euskalduna, y al día siguiente, estaba tomándome un aperitivo con un amigo en el *hall* cuando le veo salir del ascensor. Me fui para él sin dudarlo. Julio estaba rodeado de escoltas y miembros de su equipo, y cuando

llegué hasta él, me dijo:

—Tú has sido futbolista, ¿no?

—Sí, soy De la Fuente —le contesté.

—¡Hombre, claro, con Javi Clemente! ¡Si ganasteis la liga!

Majísimo. Me hice unas fotos con él y me trató con mucho cariño.

LA SELECCIÓN

El privilegio de ser internacional

Como futbolista, estuve cerca de la selección absoluta. Eran otros tiempos, no había tantas oportunidades para los jóvenes. Tampoco existía la cultura de tirar de jugadores de la sub-21 para el primer equipo, y si se producía una baja, se traía a otro jugador de una edad correspondiente a esa categoría, no se subía a un chaval de la sub-21. Entonces no había sub-18, sino una categoría llamada juvenil, que iba de los quince a los dieciocho años; ahí sí fui internacional. Y también internacional olímpico y sub-21 más adelante.

En aquellos tiempos, las concentraciones de la sub-21 y de la absoluta eran conjuntas. Jugábamos partidos los unos contra los otros. Estuve a punto de subir, pero había grandísimos futbolistas en mi posición como Camacho, Gordillo y Julio Alberto. Aunque me sentí cercano en muchos momentos a la absoluta, nunca se produjo el llamamiento. Pero lo cierto es que no debutar con el primer equipo de la selección no me atormentó, yo estaba muy centrado en mi club.

Creo que ahora tiene incluso más relevancia que antes estar en la absoluta. Pero ya entonces te cambiaba la vida. La selección te

revaloriza, a nivel profesional era un salto cualitativo muy importante, podía incluso granjearte un traspaso. Antes, cuando eras un jugador internacional juvenil o sub-21 eras importante, pero hoy al ser sub-16, sub-17 o sub-18 ya parece que el futuro te está abriendo sus puertas, y tiene mucho más peso específico en el desarrollo profesional de un futbolista. Ser internacional siempre ha sido lo máximo a lo que ha podido aspirar un jugador, pero ahora, además, tiene más repercusión mediática y profesional.

En mi época, había muchos del Athletic que eran internacionales. En aquel equipo campeón de liga yo debí de ser de los pocos que no fue internacional absoluto. Zubi, Liceranzu, Goiko, Urkiaga, De Andrés, Gallego, Dani, Urtubi, Sarabia, Argote…, todos lo fueron. Es tremendo. No me frustró, pero por supuesto que me habría gustado, y yo creo que estaba preparado; sin embargo, no ocurrió. Ser internacional absoluto te da un aura, un estatus superior.

La importancia de la diversión

No es excluyente la profesionalidad con el buen ambiente. Que los jugadores de la selección y yo nos conozcamos desde hace casi diez años hace que tengamos una relación de cercanía, de familiaridad y de confianza que propicia un trabajo cómodo. Si conozco hasta a sus familias… Llevo con ellos desde que tenían dieciséis años, yo soy el entrenador con el que han pasado más tiempo en su vida.

Antes de salir a disputar en Turquía el partido de clasificación para el Mundial de 2026, Lamine y Nico estaban jugando a «piedra, papel o tijera» en el túnel de vestuarios. No sé qué se estaban sorteando. Y me gustó. Porque eso demuestra que se llevan bien, que están confiados, que el clima es excelente. Así que pasé por delante de ellos y no les dije nada. Solo sonreí. Esa actitud no se la

vas a ver a Unai Simón ni a Carvajal, pero se la ves a ellos porque tienen dieciocho y veinte años, y eso creo que les libera de tensión y estrés. Y cuando salen al campo, es incuestionable su comportamiento.

Hay una generación inicial donde están Oyarzabal, Fabián, Rodrigo, Merino, Unai Simón..., que son los que formaron el equipo con el que ganamos el europeo sub-19 de 2015 en Grecia. Luego se han ido incorporando otros jugadores, pero éramos prácticamente los mismos en la sub-21. Recuerdo que el pase a semifinales del europeo de 2019 nos clasificaba también para los Juegos Olímpicos. Teníamos que ganar a Polonia por 3 a 0. Y vencimos 5 a 0. Esa noche en el hotel estábamos eufóricos. Y entonces los capitanes me dijeron: «Míster, esta noche nos la darás libre, ¿no?». «Por supuesto», les contesté. Algunos jugadores estaban en el hotel con sus familias, amigos o novias, así que lo lógico habría sido que muchos de ellos se quedasen a cenar allí con sus familiares y amigos. Sin embargo, los veintitrés jugadores —Oyarzabal incluido, y eso que iba con muletas— se subieron al autobús que alquiló Fabi y se fueron por Bolonia de fiesta (Fabián jugaba entonces en Italia, en el Nápoles). A la mañana siguiente, nadie faltó a la comida. Pero lo destacable es que los veintitrés decidieron irse juntos, lo que demuestra que aquellos chicos eran más que compañeros.

Muchas veces una broma en el vestuario, unas risas, rompen la tensión y desdramatizan. Eso es bueno para el equipo. El otro día les dije: «Sé que sois insaciables deportivamente… bueno, a lo mejor en otras cosas también», y se partían de risa.

Hace unos meses, antes de salir a jugar contra Bulgaria el partido de clasificación para el Mundial, me pongo serio y les pido concentración. Les recuerdo que estén atentos a las jugadas, que memoricen bien lo trabajado, las consignas de gestos que hemos

pactado a la hora de sacar los córners, por ejemplo. Y luego puntualizo: «Y si alguno se olvida de la señal y se despista, pues… pues nos hablamos, ¡que son búlgaros! ¡Que no nos entienden, que no son de Cuenca! Podéis gritar que la vais a pasar al primer palo». Nos carcajeábamos.

4

LA VUELTA A CASA Y EL ADIÓS

Kaixo, Athletic

En realidad, mi regreso al Athletic fue totalmente inesperado. Yo pensaba que ya se me había pasado la oportunidad de volver. Y cuando lo hice, me encontré con un ambiente muy diferente al que dejé. De mis antiguos compañeros ya quedaban pocos: Patxi Salinas, Urtubi… Ahora llegaba de veterano a un equipo muy joven, todo lo contrario de lo que me había sucedido casi quince años atrás.

Volvimos juntos Andoni Ayarza y yo a ese equipo renovado; yo ahora tenía ese estatus de jugador histórico que había vivido las ligas y la gabarra y que venía a aportar experiencia. Y la verdad es que me sentí muy a gusto en mi nuevo papel. Los jóvenes me miraban con mucho respeto. Yo formaba parte de la historia reciente del club. Como he comentado, la jerarquía entre el veterano y el novel en el Athletic siempre ha estado muy presente.

Fiché por dos temporadas. El entrenador en la primera y el artífice de mi fichaje fue Iñaki Sáez, alguien importantísimo en mi carrera deportiva. Luego fue relevado por Txutxi Aranguren. La segunda temporada la dirigió Jupp Heynckes, ese fue su primer año en la liga española. Heynckes me trató de una forma excepcional a pesar de que jugué muy poco, ocho o diez partidos (básicamente, encuentros amistosos y de Copa).

Recuerdo que participé en un torneo que organizaba la ETB en Eibar. Era una especie de campeonato para los reservas, para los que no jugábamos mucho. Era una liguilla entre Real Sociedad, Osasuna, Athletic, Alavés y Eibar, equipos de primera y segunda

división. Pues aquel día en Eibar, cuando caminábamos hacia el autobús, había un chico jovencísimo de nuestro equipo, tendría unos dieciocho años, que venía cargando con todas las bolsas. Yo le vi y le dije: «Deja, que te ayudo», y cogí parte del equipaje. Ese chaval era Aitor Karanka, que hoy es el director de desarrollo de la selección española. Y todavía me recuerda aquel gesto que tuve con él. A mí, a pesar de tener mi «percha nominativa» en el vestuario, me gustaba ayudar a la gente joven, era una de mis funciones. Creo que en mi regreso al Athletic aporté más como transmisor del sentimiento rojiblanco y como representante de unos valores que como futbolista. Pero también me pasa en la selección. Disfruto más guiando, aconsejando y formando a los chicos personalmente que futbolísticamente.

Cuando terminé mi segunda temporada quise seguir. Yo aún me encontraba capacitado para jugar en primera división, a pesar de tener treinta y dos años. Además, rendí muy bien en los últimos cuatro o cinco partidos de mi segunda temporada en el Athletic. Recuerdo que Jupp Heynckes me preguntó entonces qué tenía pensado hacer. Yo le dije que quería continuar jugando, pero el club no me renovó.

Mi último partido en San Mamés fue también el último de Patxi Rípodas. Nos enfrentamos al Espanyol y yo lo hice verdaderamente bien. Fue un encuentro precioso que ganamos 2 a 1. Me cambiaron a falta de quince minutos para que el público me despidiera. Fue impresionante. Y cuando llegué al vestuario me encontré a Patxi, al que ya habían cambiado antes. Allí estábamos los dos solos desvistiéndonos, en silencio. Entonces le dije:

—Patxi, esto se ha terminado, ¿eh?

Él me miró mientras se quitaba las espinilleras como diciendo: «A mí sí se me ha terminado, desde luego».

Tras doce años jugando en el Athletic, aquel adiós fue un *shock*. Me reconocí profundamente triste. Soy de los que se reponen pronto de los contratiempos, pero en aquel momento sentí que me quitaban algo muy importante. Llevaba en el club desde los quince años. Allí pasé la mejor parte de mi vida deportiva. Fue un momento difícil.

Nada más despedirme del Athletic al final de la temporada, llegó el verano. Yo entonces vivía en Getxo, igual que Jupp Heynckes. Muchas mañanas él pasaba con el coche por el muelle y me veía corriendo, pues yo no dejé de ejercitarme para estar en forma por si me llegaba alguna oferta. Y un día se paró a mi lado y me dijo:

—Oye, Luis, si quieres venir a entrenar con nosotros hasta que encuentres equipo, vente.

—No, gracias, míster, te lo agradezco todo, pero no lo veo. Ya me preparo yo por mi cuenta —le contesté.

—Seguro que te sale algo pronto.

—Seguro.

Las rayas rojas por las azules

Yo pensaba que recibiría alguna oferta de primera, lo que no me apetecía era irme a segunda ni muy lejos. Entonces apareció un ofrecimiento del Alavés para jugar una temporada en segunda B. Era cerca de casa y, además, un proyecto muy bonito que sabía que iba a terminar en primera. Así que firmé.

El Alavés, pese a estar en segunda B, poseía ya una estructura muy profesional en la temporada 93-94. Se entrenaba todas las mañanas, teníamos nuestras sesiones dobles cuando correspondía y, en general, todas las rutinas eran de un equipo de gran nivel. En aquella plantilla muchos no eran vascos, y había gente de todas

partes, futbolistas fundamentalmente de segunda división y alguno que otro de primera, aparte de mí, como Musti Mujika, que había estado en la Real Sociedad. Como curiosidad, diré que en aquel equipo figuraba un jovencísimo Iván Campo. Luego, de aquel conjunto acabaron militando en primera ocho jugadores.

Jugué con ilusión, disfruté a pesar de que la segunda B es dura. Llegamos hasta el *playoff* de ascenso a segunda, pero se nos escapó en el último momento. Lo que sí es cierto es que ese año sufrí mucho con las lesiones. Tuve mucho dolor. Pero me ofrecieron seguir un año más.

Llegué a casa con la intención de aceptar, de continuar otra temporada, pero, de repente, lo vi claro: «No. Se terminó». La decisión se me apareció rápida y clara. Y la tomé con mucha entereza. Cogí el teléfono y llamé inmediatamente al director deportivo del club, Javier Zubillaga:

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero voy a dejar el fútbol.

—Joder, Luis, pues nos gustaría anunciarlo contigo —me respondió.

—Vale, pues si quieres, mañana convoca a los medios —que en Vitoria eran tres— y les cuento la noticia.

Mis padres se enteraron de mi decisión viendo por la tele esa rueda de prensa. Me llamaron corriendo y me preguntaron si había pasado algo.

—No, no ha pasado nada —los tranquilicé—, simplemente creo que se ha terminado ya.

A mí, que siempre he sido un disfrutón del fútbol, ya me estaba costando, y físicamente lo pasaba mal en los partidos. Mis hermanos también se enteraron de la noticia leyendo el periódico: «De la Fuente deja el fútbol».

Fue más difícil dejar el Athletic que dejar el fútbol. El fútbol

había sido parte de mi vida durante más tiempo que el Athletic, pero fue el fútbol lo que me estaba haciendo sufrir físicamente. En esa última temporada en el Alavés, me pesaron los dolores, los viajes; fueron muchos partidos: jugué treinta y cuatro. Decir adiós al fútbol no fue muy traumático porque afrontaba el futuro con mucha ilusión.

Y ahora... ¿qué?

Mi idea no era seguir vinculado al fútbol. A mí me gustaba mucho el mundo de la moda, y ese fue mi proyecto inicial. Mi familia regentaba una tienda de ropa en Haro y yo tenía la intención de hacer crecer ese negocio, de proponer cosas nuevas. Ya en la temporada 87-88, cuando jugaba en el Sevilla, iba a la Gran Vía de Bilbao a comprar en un Massimo Dutti, que probablemente era de los primeros en España. Me llevaba camisas amarillas, rosas, verdes… con las que aparecía en los entrenamientos y todos me decían: «Pero ¿dónde compras estas camisas?». Allí no había nada igual. Aquellos tiempos eran los comienzos de Inditex. A mí es que la moda siempre me ha gustado mucho, me ha interesado la ropa toda la vida. En la tienda, mi hermana trabajaba con marcas españolas. Eso siempre me gustó porque soy un enamorado de mi país. Me encanta España: sus tradiciones, su gastronomía, su música, su cultura, su gente. Me identifico con nuestra forma de ser, me considero «muy español» y estoy muy orgulloso de serlo. Creo que tenemos sobrados motivos para presumir de nuestra patria y me voy dando cuenta de que los jóvenes cada vez tienen menos complejos a la hora de sentirse españoles.

Cuando mi hermana Ana, que es quien lleva nuestra bonita tienda de moda en Haro, venía a Madrid a La Semana de la Moda, a

la Pasarela Cibeles y demás eventos, yo la acompañaba. Hablábamos con gente del negocio, veíamos muchas prendas y a mí me encantaba. Siempre he tenido ese mundo muy presente y consideré encaminar mi vida profesional en ese sentido. Pero no habían pasado ni quince días desde que había dejado el fútbol cuando me llamó un excompañero, Íñigo Liceranzu, para pedirme que fuera con él a entrenar al Getxo, en tercera división. Yo creo que, en realidad, lo que pretendía era que jugara, pero no le salió bien. Entonces pensé que lo de la moda podía esperar. Y me fui a aquel banquillo. Y, oye, la experiencia como entrenador me gustó y, además, en el fútbol no hay medios ni largos plazos, es puro presente, así que enseguida me enganché y cogí al juvenil. Me saqué los títulos de entrenador y empecé, sin darme cuenta, esta nueva vida.

LA SELECCIÓN

El seguimiento de jugadores por todo el mundo

En la actualidad, estamos pendientes de la evolución de los españoles que juegan en todas las ligas del mundo. Tenemos que hacer un seguimiento exhaustivo de todos ellos. Para eso hemos desarrollado nuevos métodos. Cuando yo llegué a la Federación Española de Fútbol en 2013, éramos tres los seleccionadores encargados de controlar a los chicos desde la sub-15 hasta la sub-21. Eso significaba que debíamos viajar por toda España observando todas las categorías, viendo infinidad de vídeos que nos mandaban desde los clubes y las federaciones territoriales. Teníamos ya esa cultura de mucho seguimiento, mucho viaje y mucho visionado. Hoy continuamos con el mismo método, pero con nuevas herramientas.

Lo primero que hacemos es decidir a qué jugadores queremos controlar. Confeccionamos un campograma donde escogemos seis o siete futbolistas por posición. Esos son los que, de inicio, empezamos a observar. Y vemos todos los partidos que juegan. Todos. Algunos encuentros los visionamos enteros; otros son resúmenes que solo contienen imágenes del balón en juego, de unos treinta minutos de duración, y hay un tercer tipo de vídeo donde únicamente aparecen las jugadas protagonizadas por el jugador que

nos interesa.

En una primera fase observamos a unos setenta jugadores. Luego vamos descartando y reduciendo el número de futbolistas seguidos a medida que avanza la temporada. Al final lo dejamos en tres o cuatro por posición como máximo. Pero eso supone seguir a cuarenta jugadores cada semana. Al final vemos unos sesenta o setenta partidos semanalmente. Eso nos permite conocer a la perfección el rendimiento de cada hombre en tiempo real. Hay que estar al tanto de todo este panorama para después tomar decisiones. Por supuesto, siempre hay un aspecto subjetivo. Somos siete miembros en el cuerpo técnico y, durante los seguimientos (vamos rotando las demarcaciones de seguimiento), comentamos qué jugadores nos gustan y a quiénes descartar. Todo el mundo opina, y aunque la decisión final la tomo yo, la gran mayoría de las veces estamos de acuerdo en qué futbolista merece seguir bajo nuestra lupa y cuál no.

Hay algo que es muy importante en la toma de decisiones. Aparte de apoyarte en la información y el conocimiento que te dan esos seguimientos, es clave el sexto sentido. Ese olfato que a veces es lo que te inclina a escoger un futbolista, y a lo mejor, eso que te ha gustado de él es un gesto, una actitud. Es sutil.

Creo que mi cultura de cantera también me ayuda en este aspecto. Tengo el convencimiento de que los jóvenes, si los conoces y los formas bien, si les das confianza, seguridad y tiempo, no fallan. Así que para mí hacer jugar a chicos de dieciséis o diecisiete años como Lamine, Huijsen o Cubarsí es normal. Lo que me sorprende muchas veces es que gente tan joven rinda a tan alto nivel en tan poco tiempo.

La selección es la excelencia

Aquí no hay término medio. El día que no das tu mejor versión, se nota. En un club se ocultan mejor las carencias, pero en la absoluta no. El fútbol de selecciones tiene muy poco que ver con el nivel de las competiciones de clubes. En la Champions, por ejemplo, todos son muy buenos, pero hay una clara diferencia entre los grandes equipos y los que no lo son. Un conjunto top de la liga española, alemana o inglesa es mucho mejor que el líder de la liga lituana, por ejemplo. Pero, en cambio, si España tiene que jugar contra Polonia, la cosa está mucho más igualada. Porque en cualquier país hay once jugadores buenos. En España es verdad que podemos hacer cinco selecciones buenas, pero juega una. Eso demuestra que la diferencia a nivel de clubes es mucho mayor que entre selecciones nacionales. En un mundial o una Eurocopa, o das tu mejor versión o te puede ganar cualquiera.

SEGUNDO TIEMPO

5

AL OTRO LADO DE LA CAL

Inicios en bandas embarradas

Estuve un año en el Getxo y luego me fui a entrenar al Portugalete, que estaba en regional, la categoría previa a la tercera división. Y en dos años conseguimos el ascenso, pero por temas de ajustes de subidas y bajadas de equipo no superamos la categoría. Allí permanecí tres años muy buenos, del 96 al 99. Y en algún momento menos bueno de aquel periodo, su presidente, José Ángel Arrillaga, y yo tuvimos una conversación que nunca olvidaré. Tras una derrota, le dije:

—José Ángel, yo lo que no quiero ser es una carga para el club. Sabes que, si lo consideras oportuno, puedes prescindir de mí sin ningún problema.

—Mira, Luis —me contestó—, yo nunca echaría a un entrenador por los resultados, solo lo cesaría si pierde el vestuario. Y no es tu caso.

Eso me enseñó que en el fútbol hay que tener una visión más a largo plazo, hay que creer en los proyectos, en los procesos.

Quizá no tenga mucha importancia, pero en aquel tiempo me operaron por segunda vez de la rodilla. Solía ir mucho al gimnasio para rehabilitarme y comencé a fijarme en la gente que hacía pesas. En mi época como jugador, el culturismo, sobremusculars e, no estaba bien visto porque, en teoría, dificultaba la práctica del fútbol. Pero entonces, ya retirado, al acabar mis ejercicios de la rodilla, empecé a levantar pesas durante el rato que me sobraba en el gimnasio. Primero lo hacía de manera autodidacta, sin mucho conocimiento, hasta que poco a poco me fue enganchando y

aprendí. Me aficioné a la musculación y ya no lo he dejado nunca.

Pero más allá de la estética, que no voy a negar que me guste estar fuerte por coquetería, lo verdaderamente importante es la satisfacción que me proporciona el esfuerzo, la disciplina, la responsabilidad y el orden. Voy al gimnasio todos los días, pase lo que pase. Tengo la rodilla rota, el hombro roto, la mano rota, tres costillas rotas, la cadera regular…, pero voy a entrenar. ¿Qué busco en ello? En primer lugar, seguridad. Si me encuentro fuerte físicamente, también lo estoy para tomar cualquier tipo de decisión. Esta práctica me justifica que el dolor, el trabajo, la superación y el sacrificio diario reportan un beneficio. Hasta hace poco no sabía lo que era el estoicismo, pero ahora que he leído sobre ello, a Marco Aurelio, por ejemplo, que fue uno de los primeros pensadores de esta corriente filosófica, me he dado cuenta de que soy un tipo estoico.

Retomando mi trayectoria como entrenador, cuando abandoné el Portugalete volví a Vitoria y entrené en segunda B al Aurrera, pero me cesaron en la jornada 29. La verdad es que mi relación con el presidente era difícil, y a pesar de ir cuartos o quintos y haber llegado a ser líderes, las discrepancias con él nos llevaron a la conclusión de que era mejor dejarlo. Ninguno de los dos estábamos contentos. Fue mi primer cese como entrenador. Eso se vive mal, pero creo que, si no estás disfrutando con lo que haces, no tiene sentido aguantar en un puesto. Al final acabó siendo una liberación porque había mucha tensión, el ambiente con la directiva estaba muy enrarecido.

Tras ser cesado en el Aurrera, me fui a Sevilla en Semana Santa. Allí tenía casa —mi mujer y su familia son sevillanos—. Durante uno de aquellos días me acerqué al club a saludar a algunos amigos. Me encontré con Pablo Blanco, que era el director del fútbol base, y

hablando de todo un poco, de repente me soltó:

—Oye, ¿por qué no te vienes a entrenar a los chavales? ¿No te apetecería volver a Sevilla?

—Joder, pues no me lo había planteado, pero… ¿qué es lo que me propones? —le pregunté.

—Coger al juvenil en División de Honor. Vamos a entrenar todas las mañanas, a hacer un proyecto muy profesional.

Luego, Pablo le comentó a Monchi, que era el director deportivo, lo que me acababa de sugerir, y a Monchi, al que yo conocía muy bien, le pareció fenomenal.

Me volví a Bilbao dubitativo. Y pasados tres o cuatro días llamé a Pablo Blanco y le dije: «Acepto». Entonces pensé que ese regreso a Sevilla era definitivo, que ya me quedaría allí a vivir para siempre. Tenía pinta de ser un trabajo para un tiempo largo; mis hijos eran pequeños, cinco o seis años, y se iban a adaptar bien a una nueva ciudad.

Entrenando a una generación prodigiosa

Estuve cuatro años preciosos entrenando al juvenil en División de Honor. Me encantaba tratar con futbolistas jóvenes porque, a mí, el plano formativo me ha gustado siempre. Y, además, enseguida se veía que aquellos chicos tenían un talento enorme. Con Joaquín Caparrós forjé una amistad fantástica, y con Manolo Jiménez; era un placer trabajar al lado de esa gente. Todos sabíamos que aquellos chavales no iban a tardar en debutar en primera división. El Sevilla, además, potenciaba mucho el fútbol de cantera, lo que provocaba que yo me sintiera muy valorado.

Me di cuenta de que una de mis fortalezas como entrenador es

que veía el fútbol rápido. Soy de esos entrenadores que interpretan con celeridad cómo va el juego y, en consecuencia, tomo en muy poco tiempo las decisiones necesarias para cambiar una mala dinámica de partido. En aquel momento, aunque la prioridad era formar futbolistas y personas, también contaba el plano competitivo. En aquellos cuatro años en el juvenil, ganamos dos veces la liga y llegamos dos veces a la semifinal de Copa. Allí nos eliminó el Barça, donde, por cierto, jugaba un tal Leo Messi. En un club de cantera como el Sevilla, la prioridad de su fútbol base es la formación, eso lo aprendí allí y eso es lo que le transmito a los que ahora están trabajando en las categorías inferiores de la federación.

Los resultados de mi equipo iban siendo buenos, y he de confesar que fantaseé con entrenar al primer equipo del Sevilla. Pero no tenía prisa, iba poco a poco, quemando etapas. Si salía una oportunidad, estaba preparado para aprovecharla, y mientras tanto, disfrutaba mucho rodeado de fantásticos compañeros de trabajo que, aún hoy, veinticinco años después, siguen siendo grandes amigos míos. Iba a entrenar contento todas las mañanas, luego disponía del resto del día para mí. Vivía donde quería, tenía un buen sueldo… era feliz. Yo, gracias a Dios, he sido muy feliz en mi vida.

Recuerdo que un día estábamos subiendo al autobús para jugar un partido en Elche. Pero, antes de arrancar, el conductor nos dijo a mí y a Antonio Valle, que era mi delegado y segundo entrenador y quien hoy todavía es un íntimo amigo:

—Perdonen, no les quiero molestar, pero creo que se ha subido al autobús un niño con un chándal del Sevilla. Mejor que vayan a verlo y díganle que se baje, no vaya a ser que lo llevemos a Elche.

Fuimos entonces Antonio y yo al final del autobús y vimos al niño mordiéndose las uñas. Le pedimos que nos acompañase un segundo a la parte de delante.

—¿Es este el niño que dice usted que se ha colado? —le pregunté al conductor.

—Sí, sí, este es —respondió.

—Pues este es Jesús Navas —le contesté—. Mañana va a debutar en el juvenil y va a meter dos goles.

Jesús Navas tenía catorce o quince años frente al resto del equipo, que tenía entre dieciséis y dieciocho, y lo acabábamos de subir del cadete. Al día siguiente jugó e hizo dos goles. A pesar de su juventud, Navas marcaba diferencias en el juvenil, donde los chavales eran mayores. Me daban ganas de decirle al equipo: «Dadle el balón a Jesús, que lo haga todo».

También recuerdo que fuimos a jugar a un pueblo de Extremadura, Los Santos de Maimona, un torneo donde disputamos el primer partido contra el equipo local. Y no me olvidaré de que, durante el encuentro, Jesús, que jugaba en la banda opuesta al banquillo, no paraba de venir a donde yo estaba. Yo le decía: «¡Jesús, al otro lado!», pero volvía una y otra vez. «¡Jesús, para allí!», le repetía de nuevo. Y una de esas veces, ya le grité:

—¡Vente para aquí! ¡¿Qué pasa?! ¿No te estoy diciendo que juegues en la otra banda?

Entonces él miró al suelo, se mordió las uñas en su gesto típico y me dijo:

—Míster, es que me ha dicho el lateral de allí (al que Navas estaba superando una y otra vez) que no juegue con el pan de sus hijos.

Lo cierto es que gozamos de una generación de futbolistas muy buena. Parece mentira, pero con Navas hemos ganado la Eurocopa veinticinco años después de estas anécdotas.

Otro de los grandísimos jugadores de aquel equipo juvenil fue Antonio Puerta. Yo le pasé de Liga Nacional a División de Honor. Con

nosotros empezó a jugar de lateral y enseguida vimos que atesoraba un potencial futbolístico fantástico. Tenía mucho recorrido por la banda. Era un tipo muy alegre, con una gran vitalidad y una relación con el grupo espectacular.

Cuando sufrió el fallo cardiaco, yo estaba de delegado en el Athletic con Joaquín Caparrós. Entonces, me llamó Antonio Valle y me dijo:

—Luis, le ha pasado algo a Antonio Puerta, lo han tenido que ingresar y… tiene mala pinta.

Llamé al Sevilla, hablé con Pablo Blanco y me dijo lo mismo: que aquello pintaba mal. Y, tristemente, tres días después falleció. Fue un palo. Yo lo pasé fatal. Conocía a la familia. Fue un día muy duro, igual que el de su funeral en Sevilla. Uno de los días más terribles para el fútbol, porque las derrotas duelen, pero, cuando pasa una desgracia así, cuando muere un ser querido y, sobre todo, un futbolista joven con una vitalidad y una energía increíbles, con un futuro prometedor y querido por todos, es cuando te das cuenta de lo que es verdaderamente importante.

Antonio Puerta ya estaba en la selección, gozaba de una proyección excepcional. Y es que lo tenía todo: potencia física, calidad, una zurda extraordinaria… Era muy buen futbolista y habría marcado una época en el Sevilla. Todavía hoy, en el minuto 16 de cada partido, el Sánchez Pizjuán le dedica una ovación. Vivir eso en el campo es emocionante.

LA SELECCIÓN

Dejar de llamar a Sergio Ramos

Dejar a Sergio Ramos fuera de la selección fue muy difícil, pues yo mantenía una gran relación con él y con su familia. Lo conocí cuando tenía quince años y era juvenil del Sevilla. Estuvo solo unos meses con nosotros porque enseguida fue subiendo categorías. Fue muy precoz, su ascenso al primer equipo fue meteórico.

Mi planteamiento cuando llegué a la absoluta fue empezar con otros centrales. También hice esa clase de cambio en otras demarcaciones aunque, claro, prescindir de otros jugadores no tuvo la repercusión mediática que supuso dejar de convocar a Sergio, que es una institución en el fútbol español. Un día hablé con él y le dije que mi idea era contar con otros futbolistas. Él respetó mi decisión. Desde luego, siempre me trató con mucho respeto. Me dijo que opinaba, obviamente, que tenía capacidad para seguir jugando, pero que aceptaba mi voluntad. Él entonces estaba en el Paris Saint-Germain.

Pero yo me quedé muy tranquilo, creo que obré con honestidad y honradez. Le expliqué que mi idea era apostar por gente con la que había tenido una relación futbolística reciente. No sé qué habría pasado si los resultados hubieran sido otros con la selección. Pero,

en un principio, yo quería comenzar con algo diferente.

¿Una generación privilegiada o una gran gestión del grupo?

Estamos ante una de las mejores generaciones de la historia del fútbol español. ¿Qué mérito tenemos los que tomamos decisiones? Pues, en mi caso, que soy el seleccionador, lo primero que tengo que hacer es seleccionar bien. Luego hay que entrenar y gestionar ese grupo, pero si ya te estás equivocando en la elección de jugadores, has empezado mal. En mi caso, como conozco muy bien la materia prima, como sé muy bien quiénes son los chavales, tengo ventaja, pues selecciono a los que me dan la seguridad de que no van a fallar en mi planteamiento. Me llevo al equipo a aquellos futbolistas de los que tengo la certeza de que van a desarrollar esa idea de manera natural porque están seguros de ello. Estos hombres son muy buenos, pero hay que convencerlos de que, con esos principios de trabajo, de unión y de generosidad, ganamos todos.

No obstante, esto es un proceso. A veces es más importante el proceso que el logro. Estos éxitos no son de ahora, esto no viene de los tres años que llevo en la absoluta. Esto ha llegado porque el 90 por ciento de estos jugadores están conmigo desde hace diez años, otros desde hace siete, otros seis, y han ganado también con este modelo, que funciona. Mikel Merino, Unai Simón, Oyarzabal, Fabián, Rodrigo… llevamos juntos desde 2015. Y lo hemos ganado todo.

Yo no los he engañado nunca. Si les tengo que decir algo, los miro a la cara y se lo digo. Sin medias tintas. Y saben que no les voy a fallar. Todos maduran. No es lo mismo el Rodrigo de hoy que el de hace diez años, pero él sabe que yo no he cambiado. Como es lógico, ahora lo trato de diferente manera, acorde con la evolución

de su situación profesional y personal. Pero lo que no van a cambiar son los valores y los principios que les he inculcado. Siempre los he tratado con respeto. Les he dicho: «Tú para mí no eres Olmo; tú para mí no eres Carvajal; tú para mí no eres Merino. Sois Dani, Dani y Mikel». A Ferran Torres, a Ferri, le conozco desde sus dieciséis. Nuestra relación es diferente. Y el respeto es lo primero, el trabajo es lo primero, la exigencia es lo primero. Este equipo, además de que es muy bueno, tiene esa base.

Una vez me pasó una cosa con esta generación. Jugábamos un partido de clasificación para el europeo sub-19 de 2015, competición que acabamos ganando. Llegamos al descanso de aquel encuentro contra Georgia venciendo por 1 a 2, pero jugando muy mal; nos podrían haber hecho mucho más daño. En el vestuario les monté una… Salimos en el segundo tiempo y les ganamos 1-4. Al día siguiente, en la charla de análisis del partido, les dije al final: «No sé si tenéis algo que comentarme». Entonces Dani Ceballos, con quien tengo una grandísima relación de amistad y admiración, me dijo: «Míster, sí queríamos decirte una cosa: ayer fuiste demasiado duro con nosotros. No nos merecemos lo que nos dijiste en el vestuario, tú nos conoces». Y eso me lo soltaron unos críos, unos chicos que tenían diecisiete y dieciocho años.

Y cuando terminó de hablar Ceballos, pensé: «Tienes razón». Es verdad, ese grupo no se merecía cómo les hablé. Era un grupo honrado, así que me disculpé. Les expliqué que fue un momento de acaloramiento. A mí no me duelen prendas al decir: «Lo siento, me equivoqué». Les confesé que quería que siguiesen en esa dinámica para no volver a perder los papeles, no me gusta. Bueno, pues de esta manera me di cuenta de que esta generación, de que estos jugadores son gente muy sensible, son gente de corazón, y por eso los seleccionamos.

Y muy inteligentes. Son superdotados en lo suyo. Aquí la inteligencia no consiste en solucionar ecuaciones de tres incógnitas o raíces cuadradas. Estos son muy sabios en su profesión, que es jugar al fútbol. Son auténticos privilegiados, listísimos, entienden muy bien cualquier cosa que les digas. Les hablo a la inteligencia. Me gusta que razonen lo que les explico, que entiendan por qué les estoy dando cierta información que les va a ayudar a ser mejores, a ganar en todo, en lo táctico y en lo técnico, en lo colectivo y en lo individual, en la comprensión del juego en general. No solo se trata de que estén más cómodos; si han de estar incómodos, que lo estén, pero habiéndoles aclarado las razones: porque esto es bueno para el equipo, porque el rival juega de tal manera, porque nos interesa buscar estos puntos débiles… He vivido la época en la que muchos entrenadores no razonaban ni explicaban sus planteamientos. Si decía que había que tirar la tapia a cabezazos, eso se hacía. Más tarde conocí a otros que te hablaban argumentando los conceptos. Eso es lo que me gustaba. Cuando jugaba buscaba que el míster me convenciese, que justificase sus decisiones, que las explicase aunque yo estuviera en desacuerdo. Muchas veces no necesitaba más coherencia que saber que mi sacrificio iba a beneficiar al equipo. Humildemente, considero que he sido un buen compañero y no me ha costado sacrificarme por el colectivo.

Por todo esto, si yo entrase en un vestuario y dijera: «Aquí las cosas se hacen así porque lo digo yo», no funcionaría porque yo no soy así, yo soy de dialogar. Igual que aquel a quien le sirve ese modelo no está preparado para explicar sus métodos. Al final, cada uno utiliza sus armas, sus condiciones.

6

VIVIR DETRÁS DEL FÚTBOL Y VIVIR SIN FÚTBOL

El regreso a mis clubes

Como contaba antes, cuando llegué a Sevilla en el año 2000 para hacerme cargo de las categorías inferiores, pensé que aquel sería mi destino definitivo. Sin embargo, tras cuatro años, se produjo un cambio en la directiva del Athletic a la que llegó Txema Noriega, quien fue compañero mío en el equipo en la época de los títulos de liga. Txema nos propuso tanto a Patxi Salinas, que estaba entrenando en Vigo, como a mí retornar al club. Teníamos experiencia en el fútbol formativo y el Athletic quería empezar un nuevo proyecto.

Yo estaba muy feliz en Sevilla, pero no dudé un segundo en aceptar ese ofrecimiento. El Athletic siempre ha sido mi casa. Y, por otro lado, yo tenía la espinita de entrenar a ese equipo, así que mi familia y yo nos fuimos para Bilbao. Tuve la suerte de que mis hijos eran todavía pequeños y se seguían adaptando bien a los cambios; además, tanto ellos como mi mujer albergaban un buen recuerdo de Bilbao, donde conservábamos una casa en la que nos instalamos cómodamente. Recuerdo que mi hijo Alberto, que entonces tendría nueve años, me dijo: «Yo solo pido una cosa, papá, que cuando lleguemos a Bilbao me hagas socio del Athletic». Y así lo hice. Yo también era socio, así que le busqué una localidad al lado de la mía y fuimos muchas veces juntos a ver partidos.

A mi llegada al Athletic me encontré con un montón de viejos amigos: Txetxu Gallego, Santi Urkiaga, Miguel de Andrés… y, claro, estaba con Patxi Salinas, mi amigo del alma. Había cambiado mucho Lezama, pero el espíritu del Athletic seguía intacto. Yo siempre he

sido un enamorado de la formación, por lo que me hacía muchísima ilusión armar a jugadores de futuro en el Athletic. Y lo cierto es que, igual que cuando llegué al club con dieciséis años recién cumplidos soñaba con ser jugador del Athletic, en esta ocasión fantaseaba con que se cerrase el círculo y acabar entrenando al primer equipo.

Allí estuve un año en División de Honor y otro en el juvenil. En ese tiempo tuve a mi cargo a jugadores como Íñigo Pérez, Iker Muniain, Markel Susaeta, Borja Alkiza, Ander Iturraspe, Iago Herrerín, Aitor Fernández… futbolistas que luego permanecieron mucho tiempo en el Athletic. Una gran generación.

Tras mi temporada en el juvenil, estaba de vacaciones en Lisboa cuando me llamó Txema Noriega:

—Oye, Luis, va a haber unos cambios en el club y hemos pensado en ti para que entrenes al Bilbao Athletic.

—Jo, pues muy bien. Y ¿cuándo empezamos?

—Mañana.

Así que corté las vacaciones, cogí un coche desde Lisboa a Bilbao y me planté allí a tiempo para mi presentación. Tomé aquel puesto con mucho entusiasmo porque suponía acercarme mucho a la posibilidad de estar algún día en el primer equipo. Además, en aquel momento entrenaron al Athletic Mané y Javi Clemente, gente que yo conocía muy bien y con la que tenía una gran relación.

Tras mi año en el Bilbao Athletic, llegó Joaquín Caparrós al primer equipo y me pidió que trabajase a su lado como delegado. Yo ni sabía qué hacía un delegado. Pero acepté. Y la verdad es que fue todo un descubrimiento; aprendí otra visión del fútbol, me abrió los ojos, comprendí la cantidad de trabajo que hay en la organización de un equipo, de un partido de fútbol. Cuando eres jugador o entrenador, te crees que las cosas están ahí porque sí, que los viajes, por ejemplo, se orquestan solos: los hoteles, la disposición de

las mesas, las televisiones en los salones, la seguridad, el transporte desde el aeropuerto y al estadio… Creemos que alguien lo ha montado todo con una varita mágica; es más, ni siquiera pensamos que hay alguien detrás con una varita. Hasta ese momento, ni como futbolista ni como entrenador me había cuestionado nunca quién hacía esas cosas. Ser delegado, pues, me humanizó mucho, me sensibilizó. Comprendí toda la carga que tenían los utilleros, por ejemplo, que nada sucedía por casualidad, sino porque había alguien pendiente. Esa es la labor del delegado: tener que coordinar todos los departamentos para que la maquinaria funcione bien. Siempre había que ir un poco por delante de las necesidades de los demandantes, que eran los jugadores y el entrenador. Yo era de los que llamaban a los hoteles durante la semana y a las agencias de viajes, hacía la lista de jugadores necesaria para sacar las tarjetas de embarque de los vuelos, etc.

Recuerdo que una vez llegamos a Almería por la mañana el día antes de un partido, y el encargado del material me dijo:

—Luis, hemos tenido un problema.

—Dime, ¿qué ha pasado?

—Nos hemos dejado la camiseta de Mikel Balenziaga.

Entonces fui a hablar con Joaquín Caparrós.

—Joaquín, que me están diciendo los de material que hay un problema con la camiseta de Mikel Balenziaga.

—¡Cómo! ¡Si va a jugar de titular!

Yo pensaba que ese día Mikel no se iba a vestir. Vaya chasco. Así que inmediatamente me puse en contacto con los utilleros para preguntarles si había camisetas «vírgenes», sin nombre ni número impreso. Me contestaron que había una, pero que no era de la talla del jugador, que era mucho más grande.

Llamé al Almería y pregunté dónde imprimían ellos los nombres

y los números de sus camisetas. Me mandaron a un lugar al que llegué a mediodía de la jornada del encuentro. El problema era que ni la tipografía ni el color de los números y las letras del Almería, que eran las que tenían disponibles, coincidían con las nuestras. Pero no había otra opción. Así que imprimimos aquella camiseta rarísima con la que al final jugó el partido.

También me pasó otra. La mañana antes de uno de mis primeros partidos en San Mamés como delegado, me informó Caparrós: «Vamos a estrechar el campo un metro por cada banda». Entonces le dije a Iñaki Morán, el delegado de campo, un gran amigo mío, que había que borrar las líneas de banda y volverlas a pintar. Y se puso a ello.

Por la tarde llegó la hora del partido contra el Espanyol, y recuerdo que se veía la antigua línea pintada de verde por fuera y la nueva en blanco. Y cuando estábamos calentando, a punto de empezar el encuentro, además televisado por la ETB, José María Calzón, el delegado del Espanyol, me dijo:

—Luis… yo creo que no se pueden estrechar las medidas si ya se han dado oficialmente.

—Pues espera un poco.

Hablé con el delegado del campo, que es quien tendría que conocer esos detalles, y me confesó:

—Pues no lo sé tampoco, déjame que lo consulte.

Hicimos varias llamadas y finalmente Iñaki me confirmó:

—Pues no, no se pueden modificar.

—¡¿Cómo?! —grité.

Así que, mientras calentaban los jugadores, los operarios se pusieron a pintar de verde las líneas interiores y a volver a pintar de blanco las de fuera. Mientras, yo decía: «¡Por favor, qué tensión! ¡Qué estrés! Con lo bien que se está en el campo como jugador o

como entrenador…». Fue una locura, pero al final el partido se jugó sin problema. Y esa anécdota me permitió ver otra cara del fútbol, comprender la cantidad de gente que trabaja para que los futbolistas y los entrenadores no tengamos que preocuparnos más que del fútbol. Desde que aprendí eso, entiendo lo difícil que es que todo salga bien y lo fácil que es que se produzcan fallos. Así que tengo mucha calma con todo, ya sé que «estas cosas pasan».

Como digo, mi etapa de delegado me dio la oportunidad de ver el fútbol desde otro ángulo —detrás de Caparrós—, estar en un vestuario profesional en primera división, en el banquillo. Aprendí las decisiones que hay que tomar según el transcurso de un partido. Un pasito detrás del entrenador, sin su presión ni su urgencia, yo hacía análisis desde la calma y eso me sirvió. Me sirvió para ser mejor entrenador, porque yo sabía que mi función de delegado no era para siempre.

Tras dos años de delegado, me volvieron a proponer que me hiciera cargo del Bilbao Athletic. Y entonces le dije a Caparrós:

—Joaquín, mi vida es el banquillo, yo soy entrenador. He disfrutado un montón contigo, he aprendido muchísimo, te estoy muy agradecido, pero creo que ha llegado el momento de volver a entrenar.

—Adelante, Luis —me contestó.

Y así entrené durante dos años más al Bilbao Athletic, mientras Caparrós seguía en el primer equipo. Entonces volví a sentirme cerca de coger al Athletic Club. Pero acabó mi contrato y recibí una oferta del Alavés. Y pensé que igual mi camino para entrenar al primer equipo estaba por otro lado, dando una vuelta más larga, pues no parecía que se me abriera la posibilidad de un «ascenso» del Bilbao Athletic al Athletic Club.

Fiché por el Alavés, que estaba en segunda B. Allí había un

proyecto fantástico, el club tenía una estructura de primera división y yo sabía que en tres o cuatro años acabaría subiendo a esa categoría. Llegué un poco a última hora, aterricé un 12 de julio con el mercado de fichajes cerrado, con poca pretemporada, y había que hacer un equipo nuevo respecto al de la temporada anterior y además con la exigencia de ascender sí o sí.

Por lo que a los cinco meses, cuando íbamos cuartos o quintos, a un par de puntos del *play off*, me cesaron. La exigencia del Alavés era ser primero. Era un proyecto de futuro, pero con una exigencia de presente. Necesitaban tiempo porque esa plantilla lo tenía todo para subir: una ciudad detrás apasionada por el fútbol, una afición que llenaba un estadio precioso cada domingo, una gestión de club formidable a cargo de su presidente, Josean Querejeta… Y, efectivamente, en pocos años subió a primera división. La verdad es que me habría gustado haber vivido la experiencia de ese ascenso.

Los meses más duros

Tras mi salida del Alavés hubo algún ofrecimiento, pero nada me atrajo. Pensé que enseguida aparecería alguna oferta atractiva, pero iban pasando los meses y no sonaba el teléfono. Temí descolgarme del mundo del fútbol. Así que me dediqué a viajar mucho para ver partidos. Recorrí toda España para conocer a jugadores, métodos de trabajo, y asistí a encuentros desde primera división a segunda B.

Todos los fines de semana cogía el coche y me iba, por ejemplo, a Madrid, donde veía tres o cuatro enfrentamientos: el del Alcorcón, el del Rayo Vallecano B, el del Atlético de Madrid B… normalmente los filiales. La idea era tener una bolsa de jugadores «ojeados» para, cuando me llamase algún club, estar preparado para ofrecer

opciones a la hora de formar un equipo. Yo quería estar perfectamente al tanto del mercado, esa era la clave. Y también era importante que la gente del mundo del fútbol me viera activo y no se olvidara de mí, porque este negocio va muy rápido y enseguida te quedas fuera.

Cada mes pensaba: «El mes que viene me llamará alguien», y llegaba el mes siguiente y no me llamaban. Fue duro, pero, a la vez, fue una etapa bonita porque conocí a mucha gente, a muchos jugadores, a muchos entrenadores y su forma de trabajo. Por ejemplo, fui a Madrid la primera semana del Cholo Simeone en el Atlético, tras un partido inicial en Málaga. Acudí todos los días al entrenamiento en el Cerro del Espino, pues tenía mucha amistad con Pedro Pablo, el delegado del Atlético. El siguiente enfrentamiento lo tenían en el Calderón contra el Villarreal. Y algo me llamó mucho la atención: el Cholo hacía trabajos tácticos con cuatro centrocampistas muy similares en su posición. Tiago, Gabi, Diego y Arda Turan. Eran todos mediocentros, pero de interior. Y aquella opción me costaba verla. Observaba el entrenamiento y me decía: «¡Si son jugadores de un mismo perfil!». Llegó el día del partido y fui a verlo. Ganaron 3-0. Y entonces me di cuenta: «Este entrenador es muy bueno».

Vi también a Mauricio Pochettino en el Espanyol, a Pellegrini en el Villarreal, a Bielsa en el Athletic… me recorrí la primera división. Conocer a los delegados de los clubes, tras haber sido yo uno de ellos, me facilitó mucho el acceso a los entrenamientos y los partidos de los grandes equipos. Pero segunda y segunda B eran mi prioridad, porque yo sabía que ahí estaba mi mercado para cuando me enganchara de nuevo al fútbol, de ahí era de donde tendría que tirar.

Desde que me cesaron del Alavés en octubre o noviembre hasta el final de esa temporada, la inactividad profesional la llevé más o

menos bien, entre otras cosas, porque seguía cobrando mi sueldo. Me estaba formando viendo partidos y, de alguna manera, di la temporada por perdida. Pero lo realmente difícil fue el verano, pues no me llamaban, no me llamaban, no me llamaban… Empezaron a pasar los meses, y me preocupé. Arrancó la siguiente temporada y yo seguía en paro, sin entrenar a nadie. Recuerdo que entonces me preguntaba: «¿Qué he hecho mal o qué debería haber hecho mejor en el Alavés?». Y la verdad es que no encontraba el fallo: habíamos entrenado con intensidad; instauramos el modelo de juego que queríamos; contábamos con Gonzalo Abando, un gran preparador físico; con un estupendo técnico de porteros, Javi Barbero; con un segundo entrenador competente, Iñaki Ocenda; lo teníamos todo perfectamente planificado; los entrenamientos eran dinámicos… Eso era lo que me hacía más daño, no ver el fallo y, en consecuencia, no tener una solución, una respuesta a mi cese.

Mi resiliencia, mi constancia, mi fortaleza mental… son parte de un carácter que fui forjando desde crío. Yo siempre digo que soy duro de roer. Siempre veo soluciones a cualquier contratiempo. Sabía que tenía margen de mejora y a ello me apliqué, para estar preparado cuando llegase la oportunidad. Nunca perdí el optimismo, y cada día me decía: «Me llamarán mañana». Porque veía que mi planteamiento, mi idea, era una buena idea: tener el balón, alinear gente rápida, fútbol asociativo y técnico, verticalidad en el juego, versatilidad a la hora de interpretar situaciones, repliegue y salida al contraataque, pero a la vez ataque posicional… Todos estos conceptos ya los tenía interiorizados y no tardarían en cristalizar.

LA SELECCIÓN

Las charlas

Cada jornada que estoy con los jugadores tengo una charla. Pero no puedo usar siempre el mismo tono ni orientarlas en el mismo sentido, porque eso hastía. Diariamente debo retarme para generarles expectación, novedad, motivación. Y eso no me resulta difícil porque tengo una técnica: tiro de corazón. Cuando me pongo delante de los futbolistas les explico que les hablo desde el corazón, que no vengo a contarles milongas o a convencerlos de algo en lo que no creo. Les comunico que mi mensaje es sincero y que va dirigido a su inteligencia. Y cuando uno se muestra ante los demás tal cual es y expresa un mensaje con contenido, con coherencia y honestidad, ese mensaje cala.

Sí que me preparo un guion antes de hablarles. Y esa guía tiene que contener un tema clave que ha de ir variando, así como la forma de comunicarlo. Cada charla es diferente, y el estado emocional que crea también ha de ser distinto. Los momentos son los que marcan esas pautas. No es lo mismo una charla prepartido que la conversación en el vestuario durante el descanso o el discurso después del encuentro. Tampoco es igual lo que les digo al principio de la semana que en el medio o al final. La charla previa a un

entrenamiento puede consistir en convencerlos de que no hay rival, de que se impone la concentración, la fortaleza mental. Yo tengo mucha fortaleza mental porque veo lo que quiero ver, y si me propongo ver rivales en los muñecos del campo, los veo. Los jugadores no necesitan tener a alguien que les presente dificultades; las dificultades se las tienen que poner ellos mismos, ese debe ser su nivel de exigencia.

Nuestros entrenamientos son muy diferentes a los que practican con sus equipos. La razón es que no disponemos de mucho tiempo para entrenar conceptos que, en un club, se van asentando durante semanas. Aquí prima más la recuperación de los futbolistas, porque vienen de jugar un sábado o un domingo y nosotros lo hacemos en jueves o viernes. Así pues, tenemos que ir directos al desarrollo táctico, a afianzar sistemas de juego, acciones a balón parado… Todo eso debemos hablarlo y entrenarlo, pero siempre desde la fortaleza mental, para ser capaces de trasladar al campo lo que hemos visto en vídeo y hemos practicado.

La relación con los clubes

El cien por cien de los jugadores quiere venir a la selección. Y el cien por cien de los clubes está deseando que sus jugadores vayan a la selección. Son obvias las razones por las que los futbolistas desean jugar aquí: por reconocimiento, por la revalorización de su contrato (un jugador no cobra lo mismo si es internacional que si no), por prestigio, por orgullo… Y los clubes quieren que sus futbolistas estén en la selección porque sube el valor de su principal activo, que son esos jugadores. Ningún gran equipo ficha a un futbolista que no sea internacional, salvo que esa contratación sea una inversión y el elegido resulte un chaval de dieciocho o diecinueve años con una

gran proyección. Los clubes adquieren prestigio a través de la internacionalidad de su plantilla, y ese brillo les permite subir su caché cuando van a jugar partidos en el extranjero.

7

MI SITIO

Se busca seleccionador

Llevaba más de un año sin equipo, en el paro, y varios meses sin cobrar. Era un momento muy difícil: tenía mujer e hijos, necesitaba tener ingresos, pero, a la vez, también ansiaba volver al fútbol, estar activo. Me encontraba lleno de energía e ilusión, pero levantándome cada día en Getxo para ducharme, salir a comprar el periódico y sentarme a leerlo en un bar mientras desayunaba. Todas las mañanas igual: la misma ducha, el mismo periódico, el mismo desayuno… Hasta que un día vi algo que lo cambió todo: un pequeño anuncio en aquel periódico deportivo que decía: «La Federación Española de Fútbol busca seleccionador para categorías inferiores». Y se me encendió la luz: «Voy a llamar a Iñaki Sáez». Iñaki había sido una persona muy importante en este organismo, seleccionador de la absoluta e ideólogo del fútbol base de la federación. Yo tenía una fantástica relación con él, había sido mi padre futbolístico, fue mi entrenador en el juvenil del Athletic, debuté con él en primera división a los diecinueve años, cuando estuve en el Sevilla fue él quien me repescó para volver al Athletic… En fin, era alguien clave en mi vida deportiva.

Así que le llamé y le expliqué mi situación.

—No sé si encajo en el puesto —le confesé.

—Pues mándame el currículum y yo hablo con la federación —me respondió.

Así lo hice. Pasé un par de entrevistas con Ginés Meléndez, entonces director deportivo del fútbol base de la Federación, y conseguí el trabajo de seleccionador sub-19. Entonces el presidente

de la Federación era Ángel María Villar, con quien yo había coincidido en el Athletic durante mi primer año de profesional. Villar siempre me trató con mucho cariño y respeto. Llegué a la federación el 1 de mayo de 2013 con un contrato de tres meses, hasta la finalización de un preeuropeo sub-19 en Lituania. Aquel era un torneo Élite muy difícil donde, de cuatro selecciones, solo se clasificaba una. Yo en aquel tiempo no conocía a ningún jugador ni estaba familiarizado con esa competición.

Aterricé con poco tiempo para hacerme con el equipo y con el momento deportivo. Una selección que, además, estaba un poco mermada, pues nuestra competición coincidía con un mundial sub-20 al que habían acudido gran parte de los grandes jugadores jóvenes. Recuerdo que contaba con chavales como Gayà (quien jugó muy poco en el Mundial sub-20 y luego se nos unió), José Rodríguez, Héctor Bellerín, Iker Hernández, Sandro Ramírez, Moi Gómez, Adama Traoré… Fue un torneo durísimo, pero nos clasificamos en el último partido tras empatar con Croacia.

Luego fuimos al europeo sub-19, donde nos eliminó Francia en semifinales. Aquel campeonato lo acabó ganando Serbia con un equipazo. Fue entonces cuando renové mi contrato por un año más. Y fue así, año a año, poco a poco, como seguí trabajando en la federación en las diferentes categorías inferiores hasta llegar a la absoluta.

Yo, al principio, no sabía lo que era ser seleccionador, lo tuve que ir aprendiendo y, desde luego, me cambió la vida. Para empezar, tuve que irme a vivir a Madrid. Parece que ser seleccionador consiste en ver los partidos del fin de semana y dar listas. Pero el día a día es muy intenso, y teníamos que visionar todos los encuentros de División de Honor y de segunda B, donde estaban los jugadores de dieciocho y diecinueve años. Entonces no había las herramientas que

hay ahora, y debíamos llamar a los clubes para que nos pasasen los vídeos de los partidos, a las televisiones territoriales… muchas llamadas y desplazamientos para conseguir las grabaciones… Las jornadas en la federación eran de doce horas.

Al principio, lo que hacía era escuchar mucho y ampararme en los consejos de Ginés Meléndez, entonces director deportivo de la federación y toda una institución en la casa, así como en el trabajo que habían hecho los anteriores seleccionadores como Santi Denia o Julen Lopetegui. Ellos me situaron y me brindaron información sobre unos jugadores que no conocía. Me dieron todas las pistas. Yo había estado trabajando con muchos futbolistas, pero ahora tenía que tratar solo con menores de diecinueve años. Me acuerdo de que fui con Ginés Meléndez a Vigo a ver un torneo con los ocho mejores equipos de División de Honor, y él me fue poniendo al día de cada jugador, como por ejemplo de Santi Mina, de Rubén Blanco, de David Costas o de Raúl de Tomás.

Siendo seleccionador, me pasó algo parecido a lo que me sucedió cuando era delegado en el Athletic. Pasaba mucho tiempo metido en un despacho y no olía el césped. Cuando era delegado, salía de vez en cuando de la oficina y me iba al terreno de juego solo para inhalar el aroma de la hierba. Veía un rato el entrenamiento del equipo y recuperaba una relación añorada con el verde, con el sol o con la lluvia. Pues en la federación también sentía esa necesidad de aire libre y césped, de respirar fútbol, pero rara vez había alguien entrenando, quizá la sub-17.

Aun así hubo algo muy diferente a mi experiencia como delegado. El segundo año como delegado en el Athletic se me hizo duro, porque sabía que eso no me gustaba. Me vino bien como aprendizaje, eso lo valoraba y me vinculaba al fútbol, pero no era lo mío. Sin embargo, ser seleccionador fue un descubrimiento. Fui

aprendiendo paulatinamente lo que significaba y me pareció un trabajo apasionante. Me permitía también viajar mucho, había campeonatos territoriales muy interesantes donde veía a chavales muy jóvenes, era un privilegio poder observar a jugadores de futuro. A grandes futbolistas que hoy están en primera división los conozco desde que tenían catorce o quince años. Llorente, Grimaldo, Fabián, Oyarzabal, Rodrigo… han entrenado conmigo desde los dieciséis años, pero sé quiénes son desde que tenían catorce y ya percibía entonces cosas en ellos muy buenas, por eso han completado todo el ciclo y ahora están con nosotros en la absoluta. Contábamos con otros grandes jugadores, pero no han llegado. ¿Por qué? Pues porque había otros mejores.

Campeones de Europa sub-19

Como he comentado, en mi primer año en la selección sub-19 nos eliminó Francia en las semifinales de un europeo, una Francia donde jugaba Aymeric Laporte, ¡qué cosas! Un futbolista que ha sido uno de nuestros pilares en la selección española absoluta durante los últimos años. Un año después jugamos en Vigo la clasificación para el siguiente europeo, pero nos apeó Alemania, que acabaría siendo campeona de Europa. En esa selección de Alemania jugaban Kimmich y Sané. Aquellos fueron momentos duros, porque veíamos que teníamos un equipo bueno, pero, claro, jugabas contra las mejores escuadras del mundo, contra los grandes futbolistas del futuro, y empecé a entender la dificultad del fútbol de selecciones.

Luego fuimos al europeo de 2015, con una generación de futbolistas excepcional: Mikel Merino, Rodrigo, Oyarzabal, Fabián, Unai Simón, Borja Mayoral… y lo ganamos. Eso me dio mucha

tranquilidad. Llevaba dos años en la federación y por fin pude responder a la confianza que me habían brindado. Ese fue uno de los momentos más gratificantes de mi vida.

Y desde entonces crecimos mucho. A partir de ese momento, cada año conseguíamos un objetivo nuevo. Al año siguiente llegamos a la semifinal del europeo, luego obtuvimos la medalla de oro de los Juegos Mediterráneos, otra Eurocopa con la sub-21 en 2019… Y también llegamos a una semifinal con la sub-21 en un europeo donde nos eliminó Portugal, a pesar de hacer un partidazo.

Todo eran pasos hacia delante. Yo veía que aquello iba a más, que yo crecía como entrenador. Cada día me encontraba más seguro, entendía mejor mi especialidad, la de seleccionador, que no tiene nada que ver con el día a día de un club. Ya sentía que dominaba mi profesión. Estaba muy tranquilo porque conocía muy bien a los jugadores, el fútbol base español.

La sub-21

El salto de la sub-19 a la sub-21 es importante, pues en esta última categoría ya cuentas con jugadores de primera división, además de que la repercusión mediática es también bastante mayor. Nosotros siempre utilizábamos como medidor para saber si teníamos buen equipo o no la cantidad de jugadores de primera división seleccionables para la sub-21. En 2019, el año en el que ganamos el europeo sub-21, teníamos muchos. Sin embargo, no pudimos contar con Rodrigo porque acababa de fichar por el Manchester City y jugar con nosotros habría supuesto perderse su pretemporada y eso le preocupaba, pues era muy joven en un proyecto nuevo. Yo lo entendí y lo apoyé. El triunfo en el europeo sub-21 les permitió a

varios futbolistas fichar por clubes importantes.

Pasó lo mismo con la sub-19. Si contábamos en esa categoría con muchos jugadores militando en segunda y no en segunda B o juvenil, quería decir que el equipo era muy competente. Y así se demostró cuando ganamos el europeo sub-19 con futbolistas en segunda como Marco Asensio, del Mallorca; Dani Ceballos, del Betis; Jorge Meré, del Sporting; Aarón Martín, del Espanyol, o Borja San Emeterio, del Racing de Santander. La conquista del europeo sub-21 propició el fichaje de varios jugadores como Asensio o Vallejo por equipos de primera división.

Con esto quiero decir que los triunfos con la sub-19 y la sub-21 no solo supusieron un gran trampolín profesional para mí, sino para muchos jugadores que alcanzaron fama internacional y dieron un enorme salto en sus trayectorias profesionales. A mí me llegaron entonces varias ofertas de clubes de primera división e incluso de otras selecciones nacionales para incorporarme a su fútbol base. También tuve ofrecimientos para entrenar a selecciones olímpicas tras conseguir la plata en los Juegos Olímpicos de 2020 (en el año 2021) con la sub-23. Pero la verdad es que estaba muy contento en la federación y no pensé en cambiar. Sentía que había encontrado mi sitio. Hacía lo que me gustaba, era muy feliz. Creo que he encajado perfectamente en la filosofía, en la idea, en el modelo, en el sentir, en el querer de la Federación Española de Fútbol.

El extraño debut con la absoluta

Quizá la gente no se acuerde mucho de este episodio, pero a mí me dio mucha visibilidad: el partido contra Lituania en Leganés. En medio de la pandemia (junio de 2021), la selección absoluta debía

jugar un encuentro amistoso de preparación para la Eurocopa. Sin embargo, Busquets dio positivo en COVID y el equipo tuvo que quedarse confinado en el hotel.

Yo estaba en Haro, pasando el fin de semana, cuando sonó el teléfono. Era la federación, me habló el entonces director del fútbol base, Francis Hernández, quien me dijo:

—Luis, ha habido un positivo en la concentración de la absoluta, pero hay un partido que tenemos que jugar el martes. Vamos a ir con la sub-21.

Así que tuve que llamar inmediatamente a mis jugadores. Muchos de ellos estaban de vacaciones tras haber jugado el europeo en Eslovaquia, donde nos ganó Portugal en la semifinal 1-0. Debía reclutar a los chavales a toda prisa y en sus días de descanso, pero fue una locura cómo vinieron a la convocatoria, pues disputar ese partido ya los convertía en jugadores internacionales absolutos. Yo les dije: «Es una oportunidad especial. Pase lo que pase en vuestras vidas, para la historia seréis jugadores absolutos de la selección española». Y yo también pensaba eso para mí mismo.

Logramos reunir a un grupo de futbolistas con una disposición bestial, dieciséis de ellos eran debutantes con la absoluta. Yo les quise quitar presión. Les dije que era una oportunidad excepcional y que teníamos que disfrutarla. Ganamos 4-0. Marcaron: Guillamón, Brahim, Miranda y Puado. No hay que perder de vista que se trataba de una selección internacional absoluta contra una sub-21. Y sin apenas preparación en nuestro caso.

Recuerdo que, debido al protocolo COVID, llegamos un poco tarde a la rueda de prensa. Yo pedí perdón a los medios por la demora y eso les chocó mucho. Ahí me di cuenta de que estaba en otra esfera. Y también, por supuesto, de que en aquella sala, en lugar de haber diez o doce periodistas como en las ruedas de prensa de la sub-21,

había cincuenta.

La pena es que algún futbolista convocado, que había interrumpido además sus vacaciones, se quedó sin jugar y, por tanto, sin la internacionalidad absoluta, pues solo cuenta si saltas al campo. Eso le pasó, por ejemplo, a Yéremy Pino. Y lo sentí mucho por él, yo siempre le he tenido un cariño especial. Así que le dije:

—Tranquilo, Yere, que te va a llegar.

Y, efectivamente, en los últimos tiempos ha sido uno de nuestros fijos en la absoluta.

La fantasía de ser olímpico

Unas semanas después de aquel partido de la absoluta contra Lituania, nos fuimos a los Juegos Olímpicos de Japón. Unos Juegos que tendrían que haberse organizado un año antes, pero que se retrasaron por la pandemia. Nosotros teníamos una ilusión tremenda y nos habíamos preparado muchísimo para 2020, pero finalmente se celebraron en 2021.

Los Juegos Olímpicos son algo muy especial. Para empezar, son cada cuatro años, mientras que los europeos sub-21 son cada dos. Es cierto que futbolísticamente no es la cita más relevante, pero la experiencia es única. Estar en una villa olímpica con la delegación española, con los Gasol y demás, y, aparte, convivir con los mejores deportistas del mundo, compartir comedor con campeones mundiales de muchas disciplinas…, eso es increíble. Aunque es cierto que aquella vivencia, en medio de la pandemia, fue muy dura, pues había mucha tensión, mucha preocupación.

Al final llegamos a la final contra Brasil. La perdimos 2 a 1. Y recuerdo que, tras el encuentro, la primera pregunta de un

periodista fue: «¿Qué se siente al perder una medalla de oro?». Y yo le contesté: «No, le voy a explicar lo que se siente al ganar una medalla de plata». Perder la final de un europeo puede que no te dé reconocimiento histórico, pero una medalla de plata es una medalla de plata. Ahí no hay subcampeón, hay medalla de oro, medalla de plata y medalla de bronce. Y los deportistas que dedican cuatro años a la preparación de unos Juegos Olímpicos darían las piernas o el brazo por ser medalla. Porque muy poca gente en la historia del deporte tiene una medalla olímpica. Aquello fue memorable. Al margen, por supuesto, de lo que supuso mediáticamente para nosotros jugar esa final contra Brasil, un encuentro que verían unos setecientos u ochocientos millones de personas. Y al volver de aquellas Olimpiadas noté que en España me reconocía por la calle mucha más gente. El impacto olímpico y una final contra Brasil tuvieron una gran repercusión social. Además, de esos Juegos Olímpicos disfruté muchísimo, y me ratifiqué en que estaba donde quería estar.

Hablando de la medalla olímpica, yo antes tenía todos mis trofeos en casa de mis padres, en Haro. Ellos iban colocando todas mis copas y medallas en el aparador del salón. Yo les llevaba mis premios y les decía: «Pero si esto es vuestro». Y mi padre contestaba: «Todo esto estará aquí hasta que yo me muera», y para mí era un orgullo. Cuando fallecieron mis padres, me llevé las cosas, pero están casi todas guardadas en cajas, apenas tengo nada expuesto. También almaceno un montón de camisetas de fútbol que intercambié con jugadores. Incluso una de Brasil, pues jugamos con el Athletic contra esa selección. Esas camisetas las conservo para mis hijos. El problema es que muchas de ellas no tienen el nombre del jugador y no recuerdo a quién pertenecieron.

También atesoro como quince o veinte álbumes que fue

recopilando mi hermana Ana con todo lo que se decía de mí en la prensa. Desde los dieciséis años, cuando fiché por el Athletic, hasta casi mi etapa de entrenador. Solo hay artículos que cuentan cosas buenas, claro. Creo que ni mis hijos los han visto. Yo tampoco he vuelto a ellos. A mí me llenan el presente y el futuro. También tengo unas cien cintas de vídeo de partidos, reportajes, entrevistas…, pero siguen en VHS; tendré que pasarlas algún día a digital, las que no estén ya irrecuperables. Y mis hijos tampoco las han visionado; yo creo que ellos no me han visto nunca jugar al fútbol. Ni siquiera con mi hijo Alberto, que es un apasionado, me he sentado a ver alguno de aquellos partidos, aunque sea para constatar cómo ha cambiado nuestro deporte a lo largo de los años.

Mis hijos Alberto y Javier

Siempre me he sentido muy orgulloso de mis hijos. Y si hubieran elegido cualquier profesión, siempre habrían tenido mi apoyo. Pero es verdad que a Alberto le ha gustado muchísimo el fútbol desde siempre, y ha logrado hacerse a sí mismo. Tuvo su carrera, pero desde muy temprano quiso trabajar en este mundo, así que se fue a Aragón, a un proyecto para la Sociedad Deportiva Huesca. Empezó desde el fútbol base hasta llegar a primera división, donde confeccionaba análisis para entrenadores de esa categoría como Míchel, Xisco o Pacheta.

Luego tuvo la oportunidad de entrar en la federación con otro trabajo, y aquí se fue labrando su camino hasta poder estar conmigo y, sobre todo, demostrarme y demostrarse a él mismo que está preparado para hacer las cosas profesionalmente bien. Y eso, para mí, he de decir que es una honra.

Mi hijo Javier es futbolero, muy aficionado a la selección española, pero no se dedica al mundo del fútbol. Su profesión está encaminada a la moda, donde su objetivo es seguir labrándose su futuro como modisto.

A veces me pregunto si me hubiera gustado que alguno de mis hijos fuera futbolista y la respuesta es que, si eso les hubiera hecho felices, pues sí. Creo que, si no te llena el trabajo, si no eres feliz con tu ocupación, nunca te sentirás realizado. Yo, a lo largo de los años, he ido descubriendo lo que me gustaba. Al final he hecho lo que he querido hacer. Poco a poco, sin exigencias, quemando etapas. Tuve además la suerte de que mis padres nunca me presionaron, nunca me dijeron: «¡Tú vas a ser…!»; «¡Tú eres mejor que…!». Ellos simplemente me acompañaban y no pronunciaban palabra, se sentaban en la grada en silencio. Solo me pedían orden y responsabilidad. Mi vida no ha sido fácil, pero he sido un privilegiado.

La desdramatización de la derrota

Siendo jugador, a mí me costaba tanto estar en disposición de ganar, de llegar a finales, que siempre valoro el logro de alcanzarlas. En quince años de profesional, solo llegué a dos finales de Copa. Una la ganamos y otra la perdimos. Pero en los trece años restantes ni siquiera alcanzamos la final. Habría preferido llegar a quince finales, aunque las hubiera perdido. Porque todo el proceso de alcanzar una final es tremendamente enriquecedor, tremendamente valorable, te hace sentirte fuerte y seguro.

Desdramatizo la derrota ante los jugadores y ante mí mismo porque sé lo que cuesta ganar, es muy difícil, por lo que estar en

disposición de ganar ya es un éxito, ya es supermeritorio. Eso es lo importante. Porque luego, en una final, incluso siendo netamente superior, claramente superior, insultantemente superior, la puedes perder. Al menos en el fútbol y a un partido. Es posible que todo lo que hayas hecho bien durante el proceso, por un tiro al palo, por un rebote tonto, se vaya al traste y no ganes. Por ello, no es justo que se quite importancia a los logros progresivos en un campeonato únicamente porque el desenlace no sea el deseado. Entiendo que para la gente lo que prima es el éxito, pero yo, como profesional, como alguien que ha vivido estas situaciones en el deporte, pongo en valor el esfuerzo y el trabajo bien hecho por encima de la victoria. Y así se lo transmito a los jugadores, porque creo que es saludable y les ayuda a tener más calma, más confianza para tomar decisiones en el día a día.

Hay compañeros que se reían porque he llegado a pegar una cabezada de camino al estadio donde íbamos a jugar una final. Y es que yo estoy muy tranquilo si sé que he hecho las cosas bien. Claro que da rabia que se te escape un título, pero si existe un reconocimiento íntimo, yo me quedo en paz. La derrota dolorosa es aquella en la que sabes que te has dejado cosas en el tintero.

A los jugadores jóvenes les cuesta conectar con esta reflexión. Pero, al madurar, van entendiendo lo complicado que es estar en la élite año tras año. Yo trato de explicarles que lo único innegociable es el esfuerzo, el sacrificio, el empeño, el trabajo en equipo, no el resultado. Cuando son chavales, la derrota les frustra, pero con el tiempo van relativizando y asimilando que el deporte te suele dar otra oportunidad. Naturalizar la derrota te libera y eso te hace arriesgar más, ser más libre, jugar mejor. Es probable que otro entrenador piense lo contrario, que cuanta más presión y exigencia le meta a un jugador, más va a rendir. Yo no lo creo. Yo tengo mi

método y no me ha ido mal. Lo que no me gusta es la gente que pone un modelo de gestión como incuestionable.

Los futbolistas tienen que disfrutar jugando para hacerlo bien. Y ojo, el fútbol, como la propia existencia, también entraña sufrimiento. Pero no pasa nada; a mí no me cuesta nada sufrir, yo la vida sin sufrimiento no la entiendo. El sufrimiento te enseña, te impulsa a superarte y te hace apreciar más las cosas.

Nadie es tan cruel conmigo como yo mismo

He sido muy exigente conmigo mismo, ni siquiera la prensa ha sido tan crítica conmigo como lo he sido yo. Por eso soy duro de roer, y esa dureza es la que me ayuda a soportar este estilo de vida. Pero también es cierto que he sido tolerante con la posibilidad de errar. Con la mía y con la de los demás, porque yo no siempre fui el profesional entregado que soy hoy. Como conozco la parte fea del profesionalismo, puedo decir que sé lo que es comprometerse con el fútbol y con uno mismo.

He tenido muchas lesiones durante mi carrera como futbolista. Una vez estuve cuatro meses de baja. En un año en el Athletic llegué a tener hasta cuatro roturas musculares, quizá por la mala alimentación, porque no me cuidaba, porque pisaba mal…, por lo que fuera. Eso lastró mucho mi carrera, porque en mis mejores momentos siempre me frenaba una lesión. Recuerdo que una vez, jugando en el Athletic, me llevaron a una clínica en Colonia que era pionera en lesiones musculares. Allí trabajaba una eminencia que trataba a Rummenigge y a la selección alemana. Yo estaba casi recuperado cuando acudí allí, y es que el objetivo no era solo curarme, sino hallar el origen de mis reiterados problemas físicos.

Así que me hicieron varias pruebas. Al finalizar la exploración y los test, el doctor alemán nos dijo a mi médico, Ángel Gorostiri, y a mí: «Vuelvan mañana para provocarle la lesión. Enganchado a estas cintas y corriendo al máximo sobre estas pistas, vamos a llevarle al límite hasta que se rompa».

Recuerdo esa noche, cuando ya nos íbamos a acostar, decirle al doctor del Athletic:

—Este quiere que vaya allí mañana, que me ponga a correr como un loco, que me reviente, que esté otros tres meses de baja…

—Sí —contestó Ángel—, pero tal vez es el mejor camino para ver de dónde vienen tus lesiones.

Me quedé unos segundos en silencio y le respondí:

—Nos vamos mañana para Bilbao. Llama a quien tengas que llamar en la clínica esa y di que no vuelvo.

Después de avisar de nuestra negativa, también llamamos a José Ángel Iribar, el Chopo, que entonces estaba de entrenador, para decirle que al día siguiente regresábamos a casa. Se sorprendió. Pero yo le aseguré que me iba a tener allí entrenando por la mañana a tope sin importarme recaer, sin miedo. Y así fue. A la mañana siguiente llegué a Lezama, entrené con normalidad, todo fue bien, no empeoré y enseguida volví a los partidos.

Empecé entonces a ser consciente de que debía cuidarme, aprovechar el privilegio de ser futbolista. Y para recordarme esta suerte, se me aparecía de vez en cuando mi hermano mayor, Alberto, en una escena de años atrás. En aquel momento yo militaba en el Haro Deportivo, tendría unos quince años. Ya destacaba, y jugar en el Athletic empezaba a ser un sueño menos lejano. Andaba con amigos por las fiestas del pueblo y me encontré con mi hermano. Me paró y me dijo: «Pero ¡¿qué haces, joder?! A estas horas. ¡Si tú eres futbolista!». Y años después, cuando yo tenía

veinte o veintiuno, volvió a decirme lo mismo en el mismo contexto. Eso se me quedó grabado ya para siempre.

8

PASIÓN ABSOLUTA

El día de la Inmaculada

Esta fecha no se me olvidará nunca: el 8 de diciembre de 2022, el día de la Inmaculada. Dos días antes me había llamado el presidente de la federación, Luis Rubiales, diciéndome que quería hablar conmigo. Así que el día 8 me recogió un coche para llevarme a su casa. Allí estaban, aparte del presidente, José Molina y más gente de Presidencia. Me senté, y fue entonces cuando me explicaron que Luis Enrique no iba a continuar. A mí no me resultó del todo sorprendente la noticia, pues el rumor ya estaba en los medios. Y, a continuación, me propusieron ser el seleccionador de la absoluta. Yo, muy tranquilo, dije: «Adelante». La verdad es que en aquel momento Rubiales demostró una gran valentía al apostar por mí, y por ello le estoy agradecido.

Desde ese mismo instante supe que quería darle continuidad al trabajo que había venido haciendo en la sub-21 en los últimos cinco años. Mi fortaleza era que estaba al tanto de cuál era el presente y el futuro del fútbol español, pocos lo conocían como yo. Era consciente de que esos futbolistas, hasta ese momento a mi cargo, en dos o tres años iban a estar en la élite, no ya de sus clubes —que muchos de ellos ya lo estaban—, sino que iban a encajar perfectamente en la absoluta. Eso yo ya lo tenía visualizado. Ya en mi primera rueda de prensa quise dejar claros mis objetivos. Uno de ellos era recuperar el espíritu de 2010, esa ilusión por la selección que despertó el equipo de Vicente del Bosque ganando el Mundial de Sudáfrica. Recuerdo las banderas, hace quince años, en las ventanas y los balcones de muchísimas casas, a niños y a mayores,

a chicos y chicas vistiendo la camiseta de España en los campos y por la calle.

Esa pasión por nuestro conjunto, por el equipo de todos, ese entusiasmo compartido que genera complicidad y unión es emocionante, y yo aspiraba a rescatarlo. Y creo que lo hemos conseguido, que la gente ha vuelto a engancharse a la selección, a sentirse identificada con la plantilla y con los colores, a vivir un mundial como el que se avecina con una enorme excitación.

Una de las cosas que hice al llegar a la absoluta, y que creo que marca mi *modus operandi*, fue reestructurar los despachos del cuerpo técnico. A mi llegada había tres despachos. El equipo técnico trabajaba dividido, cada uno en su dependencia. Yo pedí unirlos todos. Tiraron las paredes y ahora trabajamos todos juntos en una gran sala diáfana, las siete personas que pertenecemos al cuerpo técnico. Y hemos puesto una gran frase: «Nada en la vida se consigue sin esfuerzo». En el gimnasio también hemos cambiado las fotos que había. Ahora hay instantáneas de los equipos masculino y femenino, y hemos añadido algunas palabras de motivación: familia, esfuerzo, superación, y la frase: «Los grandes logros no los consigue una sola persona, los consigue un gran equipo».

Otra cosa importante respecto a la herencia del pasado es reseñar que yo tenía una buena relación con Luis Enrique, lo admiraba. Nuestra convivencia, yo en la sub-21 y él en la absoluta, fue extraordinaria. Pero cuando tomé las riendas de la absoluta no pensé para nada en su legado, no miré atrás. En mi vida en general, me vuelvo poco hacia el pasado. Así que me centré en lo que había por delante.

Lo que había por delante, en primera instancia, era un foco mediático como jamás había conocido. Y eso que la atención ha ido acentuándose con el tiempo. Ganar la Eurocopa lo cambió todo, me

puso en un lugar nuevo y me dio estabilidad como seleccionador, un reconocimiento en los medios, me convirtió en alguien realmente popular. Después de la Eurocopa ya no hubo dudas. Y eso que, antes del campeonato, veníamos de cosechar resultados fabulosos, a la altura de Vicente del Bosque: los números eran intachables, pero siempre había algo que nos ponía en cuestión, parecía que se seguía prestando más atención a lo extradeportivo que a lo deportivo.

De todas formas, en esta nueva etapa pos-Eurocopa, he seguido haciendo prácticamente la misma vida que antes. No he cambiado de móvil, por ejemplo, aunque he llegado a tener mil quinientos mensajes sin leer durante la Eurocopa. Respondía a los que podía, y de manera personalizada, pero me llevaba muchísimo tiempo, así que a veces contestaba dos o tres días después. Además, aquello era interminable, porque la gente respondía a mi mensaje y yo quería contestar también al nuevo suyo… Ahora mismo, mientras escribo este libro, compruebo que tengo 148 mensajes sin leer.

La primera lista

Cuando hice la primera convocatoria de la absoluta, parte de la prensa se preguntó: «Pero ¿quiénes son estos?». Los medios de comunicación hablaban de que no había un grupo reconocible ni definido, de que la selección no ilusionaba. Ya llegué recibiendo críticas. Es posible que algunos de los jugadores no fueran muy conocidos por el aficionado medio, pero sí que eché de menos que ciertos periodistas estuviesen más al tanto de quiénes eran los futbolistas a los que había llamado. Este deseo se lo manifesté a un periodista en una entrevista, y él se defendió diciendo: «Es que yo no tengo por qué conocer a todos». «Claro que no —le respondí—,

pero por eso hay que respetar a los profesionales que los conocemos». Por poner un caso, hasta hace poco nadie sabía quién era Huijsen ni Cucurella, quien ahora resulta que es de los mejores laterales del mundo. Nadie miraba a Mikel Oyarzabal o a Ferran. Yo, evidentemente, tengo que saber quiénes son porque es mi trabajo, estar pendiente incluso de la sub-16.

Con pocos días de preparación, dirigí mi primer partido al frente de la absoluta contra Noruega. Era marzo de 2023 y comenzábamos a disputar la fase de clasificación para la Eurocopa. El encuentro lo ganamos 3-0. Pero decidimos cambiar a casi todo el equipo para el segundo choque, tres días más tarde, en Escocia. Pensamos que ese enfrentamiento sería totalmente diferente. También consideramos que era bueno refrescar la alineación y, sobre todo, quisimos que todos se sintieran importantes. Debutó, por ejemplo, David García, de Osasuna. Ese objetivo se consiguió, se afianzó ese sentimiento de implicación colectiva, y hoy no cambiaría aquella decisión a pesar de que perdimos el duelo 2-0. Eso sí, nada más acabar el encuentro reuní a los jugadores en el vestuario y les dije: «No me muevo ni un milímetro de la línea de trabajo. Vamos a seguir así». Perdimos 2-0, pero fue un buen partido, tendríamos que haber ganado. Aquel día a los escoceses les salió el encuentro de su vida.

La gran liberación

Tras las críticas recibidas por la derrota en Escocia, dije: «Se acabó, no quiero saber nada», y dejé de leer, oír y ver las noticias relacionadas conmigo. Porque me afectaban los comentarios negativos, y el que diga que es insensible a las críticas, incluso a un corte de pelo, creo que miente. Vinieron entonces tres meses muy

duros hasta el inicio de la Nations League en junio. Lo malo de la selección es que no tienes el domingo siguiente para resarcirte. Ese trimestre fue mi peor momento como seleccionador, fue insufrible. Pero el mundo del fútbol es así, y le ha pasado hasta a seleccionadores históricos como Luis Aragonés. No hace mucho vi un documental que reflejaba lo crueles que los medios fueron con él en un momento determinado. Visto con perspectiva, parecía increíble aquella crítica despiadada. Si le sucedió a Luis Aragonés y a Vicente del Bosque, ¿cómo no me iba a pasar a mí?

Aislarme de la prensa me hizo libre. Desde aquel momento, fui autónomo, sin la distorsión ajena. El exterior ya no me alteraba. Ya no sabía si alguien estaba diciendo que tenía que llevar a Fulanito. Comencé a vivir con la tranquilidad de tomar las decisiones libremente, con independencia, porque de alguna manera también había sufrido las dudas que me generaba la prensa. Sin querer, los comentarios de los medios pueden influirte, de modo que te sugestionas aunque no lo quieras. Así que, cuando ya estaba más liberado del chaparrón mediático, llegó finalmente el siguiente partido: semifinales de la Nations contra Italia. Y me alegró comprobar que, a pesar de que llevaba meses sin contactar con los jugadores, el mensaje no se había perdido. Aquel día hicimos un partidazo, sobre todo en el segundo tiempo. El equipo estuvo suelto, salió bien lo trabajado… El grupo estaba dolido con el trato tan duro que había recibido y salió mentalizado a ganar. Y lo hicimos 2 a 1.

Luego vino la final ante Croacia y también los superamos. Ahí ya vi que teníamos un equipo ganador. Lo cierto es que ya era un grupo que lo había conquistado todo en las categorías inferiores. Es una generación buenísima. El triunfo en la Nations League, pese a haber sido por penaltis, no fue una casualidad. Lo diferenciador de nuestra selección frente a otras es que siempre está en disposición de ganar,

estar cerca de ganar: ese es el éxito. Luego, ganar… eso ya depende de muchas cosas.

El acierto en todo esto ha sido, en primer lugar, seleccionar bien a los jugadores; por eso soy seleccionador. Yo hablo de un sexto sentido para elegirlos, pero más allá del plano futbolístico, en el plano humano. Son gente muy generosa y buenas personas, esas son virtudes que llevan de serie y que yo he tratado de potenciar. Es un equipo muy equilibrado, son excepcionales futbolística y humanamente. Me pasó una cosa curiosa tras el triunfo en la Nations League. Entré a un restaurante en Torrelodones y la gente se empezó a poner en pie y a aplaudirme. Yo entonces pensé: «Esto es una cámara oculta». Estuve unos segundos muy inseguro, mirando a todos lados, no me acababa de creer lo que estaba pasando, hasta que vi que aquella emoción era real. Lo agradecí muchísimo.

El decisivo Georgia-España

Jugábamos en septiembre el tercer partido de clasificación para la Eurocopa en Georgia. Viajamos dos días antes del encuentro. La noche de nuestra llegada sonó el teléfono de mi habitación del hotel a las doce de la noche. Nunca me llama nadie a las doce de la noche. Era Toni, el encargado del material, con una voz absolutamente compungida, agobiadísimo. Pensé que había ocurrido algún accidente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Hemos tenido un inconveniente.

—¿Cuál?

—Nos hemos dejado las botas en Madrid.

—¡¿Cómo?!

Empezó a explicarme que habían tenido un problema, que si el envío, que si las cajas…

—A ver, Toni, calma —le dije—. ¿Esto tiene solución?

—Sí, sí, mañana por la noche viene otro avión con el material, pero no llegan para el entrenamiento de la tarde.

La cuestión es que la prensa tenía derecho a grabar quince minutos de ese entrenamiento, por lo que él sollozaba:

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a salir a entrenar sin botas delante de las cámaras?

—No te preocupes —le consolé—. Llegan para el partido, ¿no?

—Sí, sí, eso sí, míster, no te preocupes.

No tardaron en llamar de Adidas y contarnos que había una tienda en la ciudad, en Tiflis, donde podían intentar comprar algunas botas. Pero las botas de los futbolistas son muy personales, están hechas casi a medida, así que descartamos el ofrecimiento.

Al día siguiente por la mañana, reuní a los capitanes y les conté la situación. Y les aseguré que no íbamos a hacer sangre con nadie. Se había cometido un error, pero era solucionable, así que les dije: «Señores, lo fácil es buscar a un responsable y fulminarle, pero… (y entonces cité algo que decía mi padre) hay que ser fuerte con el fuerte y débil con el débil». En ese momento había una persona hecha y derecha y con hijos que no paraba de llorar y que necesitaba nuestro apoyo. Todos los utilleros, Toni, Manu y Guillermo, lloraban. Ni te miraban a los ojos. Se sentían culpables. Y fue muy bonito cómo los jugadores los abrazaban y les gastaban bromas: «Mañana me compras otras botas aquí al lado, en El Corte Inglés. Yo tengo el 43».

Reuní al equipo, les conté el incidente y el plan. Daba la casualidad de que en el momento de entrenar llovía muchísimo, pero

salimos de igual forma, con zapatillas, a pasear por el césped encharcado. Completamos varias vueltas al campo andando, empapándonos durante quince minutos mientras nos observaba la prensa. Le dábamos un toquecito al balón, otro… y cuando se acabó el tiempo de los medios, evidentemente, nos retiramos.

Luego se filtró a la prensa el incidente y que el avión con las botas iba a llegar ese día de madrugada. Varios periodistas fueron al aeropuerto a ver cómo bajaban el material. «Aquí van las botas de los jugadores», titularon al día siguiente, el día del partido. Eso añadió más tensión a un clima adverso por el revuelo que se estaba viviendo en la federación. De hecho, en la rueda de prensa previa al partido, un periodista me preguntó: «¿Usted teme por su puesto si no gana a Georgia?». Y yo le respondí: «Todos sabemos cómo es el fútbol, pero… ¿y si mañana metemos siete goles?». Pues ganamos 1-7.

Mi idilio con el número 13

No soy supersticioso, pero el número trece ha estado a mi lado toda la vida. Escribo este libro cuando hace trece años que ha muerto mi padre. Me han pasado cosas importantes relacionadas con ese número. Debuté en primera división en Valencia con el dorsal 13 y lo hice saltando al Luis Casanova en el minuto 58 (¡el 13 de la segunda parte!). Jugué trece temporadas en primera división. La final de la Eurocopa que ganamos con la sub-21 fue mi partido número trece al frente del equipo. Llegué a la federación en 2013, durante el Mundial de 2026 cumpliré trece años en la federación. El coche que tengo ahora es mi decimotercero, me han regalado un iPhone 13…

Recuerdo que, cuando íbamos en el autobús hacia el campo de

Údine donde disputábamos la final del europeo sub-21, Luis Rubiales me dijo:

—Vamos a ganar la Eurocopa.

Jugábamos contra Alemania, así que no era como para tenerlo muy claro, por lo que respondí:

—Bueno, vamos a ver qué pasa…

—No, vamos a ganar seguro —me interrumpió—, porque mi número es el diecisiete, y ¡mira! —Entonces me señaló el coche de la policía que nos escoltaba por delante del autobús y que lucía el número 017—. Eso es una señal —puntualizó Rubiales.

Pasados unos segundos fui yo quien le aseguré:

—Vamos a ganar la Eurocopa.

—¿Ves?, tú también te has convencido —añadió.

—Sí, pero mira por qué —le dije señalándole el coche de policía que teníamos delante. Resulta que el 017 acababa de darle el relevo al 013.

TIEMPO AÑADIDO

9

APUNTES DE LA EUROCOPA

Cómo ir feliz a una Eurocopa

Fui a la Eurocopa sin escuchar las críticas que gran parte de la prensa deportiva le hacía a la selección. Ese aislamiento me dio paz, me liberó. Así que desembarqué en Alemania feliz. Pero los jugadores, no. Ellos sí seguían lo que se hablaba del equipo en los medios de comunicación. Y como yo sé qué tipo de futbolistas son, de qué materia prima están hechos, cuál es su carácter, más tarde he constatado que, lejos de afectarles negativamente, esos comentarios les provocaron un: «¡Vamos a demostrar quiénes somos!».

Esto da a entender que no es casualidad que esos futbolistas estuviesen allí, eran jugadores que estaban preparados para superar adversidades. Fueron seleccionados porque estaba seguro de que, también ante un escollo así, iban a dar el do de pecho. Porque saben que tienen mi confianza, entienden mi sentido de la meritocracia y son conscientes de que están en este equipo porque se lo han ganado; a la selección nadie viene gratis. Yo estaba convencido de que podíamos ser campeones.

Así que cuando digo que no me he equivocado mucho, creo que es justo. Yo no quiero que me pongan medallas. Gracias a Dios, soy feliz, me siento realizado y sigo disfrutando de la vida. De hecho, mientras escribo estas líneas me llaman mi jefe de prensa, Ladis García, y mi jefa de protocolo, Paloma Antoránz, para decirme que la IFFHS (International Federation of Football History and Statistics) me ha nombrado por segundo año consecutivo el mejor seleccionador del mundo. Este reconocimiento es producto de un trabajo en

equipo y de contar con excepcionales profesionales.

No creo en la suerte

Quizá esto sea muy profundo, pero no creo en la suerte. En el pasado, cuando mandaba un mensaje a los compañeros antes de una competición, les decía: «Suerte esta noche». Pero ahora digo: «Mucho acierto». La suerte está en otras cosas: en que no tengas una enfermedad, por ejemplo. Pero en el trabajo no hay suerte. Las cosas no llegan por casualidad, uno no tira, le pega al palo y entra por suerte. Ha dado en el palo porque se ha disparado cerca de la portería y lejos del portero. Ese balón, otro futbolista lo pone en la grada. Ese gol, por lo tanto, no es fruto de la suerte sino de la calidad. Es verdad que en el fútbol puedes ser superior en un partido y perder, pero eso pasa poco. Lograr algo importante es consecuencia, únicamente, de un buen hacer continuado, de una dedicación, de ser repetidamente superior al rival porque un campeonato se lo lleva el mejor.

Tras ganar la Eurocopa, nuestro análisis se basó en cómo llegamos a esa competición, haciendo las cosas brillantemente, y cómo dimos continuidad a una idea, de qué manera los jugadores siguieron fieles a ella. Esos goles que metes en el último minuto no son consecuencia del azar. Hay que estar ahí hasta el final. Y muchas veces se llega tarde a ese instante dramático porque el rival es muy bueno y te ha impedido solucionar el partido antes, no te ha dejado hacer ese centro que acaba en el gol definitivo. Ese gol que llega del talento y el trabajo.

Loco, loco... pero ¡te la coloco!

Habíamos ganado el primer partido contra Croacia 3 a 0. El siguiente duelo era contra Italia. En la previa a ese segundo encuentro, el seleccionador transalpino, Spalletti, dijo que España era la favorita, posicionándose claramente como víctima.

En la charla anterior a ese choque, tras hablar de cuestiones tácticas, les dije a mis jugadores: «Señores, hay un tema muy importante: Italia no nos puede sorprender, se están haciendo los llorones, están diciendo que tenemos ya el partido prácticamente ganado, pero ¿sabéis qué es esto? Yo tengo un amigo, Miguel de Andrés, que utiliza una frase para esta actitud: "Loco, loco… pero ¡te la coloco!"». Y todos se partieron de risa. Cucurella ha sido el responsable de que esa expresión se haya quedado ya para siempre en la selección. Ahora, cuando alguien juega al despiste, alguno del equipo recuerda: «Esto es un "Loco, loco… pero ¡te la coloco!"».

La predestinación

Yo creo que este equipo está predestinado a pelear por cosas grandes. Lo de ganar o no ganar… Soy práctico y no pienso en ello. A mí la frase esa de «las finales son para ganarlas» no me gusta nada. La final es para jugarla, y la juegan dos. Y los que se quedaron por el camino estarían locos por disputarla. Jugar una final ya es un éxito. Como ya he comentado, yo desdramatizo mucho esos temas, y se lo digo a los jugadores, les explico que el éxito no está solo en llevarte el partido. Tú haz lo que debes, porque cuando lo das todo, ganas siempre. Y ese mensaje los libera y les da confianza. Porque si no ganas en el resultado, ganas en la

satisfacción de haberte entregado.

Cuando perdimos la última Nations League en 2025 (en los penaltis contra Portugal), no hubo un sentimiento de frustración, porque nos sentimos ganadores. Todos los rivales nos dijeron que habíamos sido el mejor equipo contra el que habían jugado. La élite te exige la perfección. En la Eurocopa fuimos quemando etapas. Un partido, otro partido… El primer encuentro ante Croacia fue muy importante para atesorar confianza. Vencimos 3 a 0, pero, sin embargo, contra Italia deberíamos haber ganado 4-0, y lo hicimos solo por 1-0, y porque se marcaron un autogol. Pero, paradójicamente, con un resultado mucho menor que el de Croacia, ante Italia salimos reforzadísimos. Fuimos muy superiores y constatamos que éramos un muy buen equipo.

Yo nunca les exigí a los jugadores ser campeones. No les impuse esa exigencia. En el fútbol una acción determina si ganas o pierdes. Por eso, palabras como «suerte» o «fracaso» a mí no me gustan. Y esta idea que les transmito a los jugadores yo sé que, de alguna manera, les hace mejores. Esta es una generación del corazón, el corazón lo mueve todo, y es ahí donde hay que tocarles, con mensajes que les lleguen. Estos futbolistas tienen alma.

Ecos de ilusión

Durante la Eurocopa yo no atendía mucho a lo que sucedía en España. Pero, poco a poco, a medida que avanzábamos en la competición, comenzaba a ser consciente de la ilusión que generaba el equipo. Sobre todo, por la información que me llegaba de Haro, mi pueblo. Me contaban que todos los partidos se estaban viendo en pantalla gigante en la plaza. Además, la Eurocopa coincidía con las

fiestas.

Sí es cierto que, de vez en cuando, alguien en la concentración decía: «Hay una liada en España…». Pero yo seguí metido en mi burbuja.

La lesión de Pedri

El sentimiento de familia dentro de la selección se vio claramente cuando Pedri se lesionó en el partido de cuartos de final ante Alemania. El equipo sufrió ese percance como si le hubiera ocurrido a un familiar.

Tras ganar aquel partido, todos los jugadores estaban a punto de hacerse una foto en el vestuario, eufóricos, cuando Álex Remiro gritó: «¡Esperad!». Se fue corriendo hacia la camilla donde descansaba Pedri, lejos del foco de la cámara. Remiro cargó con Pedri en brazos y lo llevó a la primera fila de aquella melé; allí lo sostuvieron en volandas, como si fuera un niño, para que saliera junto a los veinticinco en la instantánea del triunfo. Aquello fue emocionante.

Karaoke en el hotel

Ganamos el partido de cuartos de final contra Alemania en el último minuto de la prórroga. Tras esa larga y extenuante victoria, llegamos al hotel tarde y cenamos algo ya a las once y pico de la noche. Luego nos fuimos a las habitaciones a dormir, no teníamos previsto más que descansar después de un encuentro intensísimo.

Disponíamos en exclusiva de aquel fantástico hotel, bar incluido,

por supuesto, donde normalmente la gente de material, la encargada de los viajes, los fisios y los médicos se tomaban algo cada noche después del trabajo. Pero aquella madrugada estábamos cansadísimos y nos retiramos a la cama directamente al acabar la cena.

Recuerdo sentir cómo, ya en mi habitación, me iba bajando el chute de adrenalina del partido, la tensión. Sin embargo, todavía conservaba demasiados nervios acumulados como para conciliar el sueño, así que decidí ir al bar a darme una vuelta, a ver si me encontraba a alguien por allí. Pero cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que no había sido el único con la misma idea. Había gente en la barra, sobre todo fisios y médicos, y algunos jugadores. Y, de repente, poco a poco y de manera espontánea, aparecieron más personas. Fue bonito porque, a eso de la una y media o las dos de la mañana, éramos unos veinte en el bar. Lo emotivo es que, después de un encuentro de una exigencia máxima, todos necesitábamos la compañía, el amparo y la seguridad de los que, en aquel momento, eran nuestra familia.

En ese europeo acuñamos el término «familia». Los jugadores, en las entrevistas, decían «Hemos formado una familia», «Esto, más que un equipo, es una familia»… Y esa familia la constituían las casi cien personas de diferentes departamentos que formamos la expedición oficial. Y ese término, «familia», lo hemos seguido utilizando, tanto los jugadores como el resto de los componentes de las expediciones.

Aquella madrugada en el bar, tras la victoria ante la anfitriona, la euforia, la progresiva relajación, el disfrute por lo conseguido y alguna que otra cerveza nos animó mucho. Toscana, nuestra nutricionista, lleva siempre un karaoke a los viajes. Así que propuso enchufarlo y cantar. Y eso hicimos. Todos nos pusimos a corear

canciones hasta muy tarde, hasta que de verdad nos venció el cansancio y nos fuimos a dormir.

Lo que me encantó de aquel episodio fue cómo, de manera natural, muchos pasamos de vivir la felicidad de manera privada e individual en nuestras habitaciones a compartirla en aquel punto de encuentro. Porque aquel bar era el lugar donde toda la expedición nos tomábamos cada mediodía una cerveza antes de entrar a comer. Esa es una costumbre que aún conservamos hoy: antes de almorzar, nos juntamos todos los departamentos para beber una cerveza, sin importar donde estemos.

El regreso de los campeones

Tras ser campeones, uno de los momentos más emotivos fue cuando nos despedimos de los guardias civiles y los policías nacionales que habían estado custodiándonos en Alemania. Estaban orgullosísimos de nosotros, de lo que habíamos hecho por la bandera.

Hay algo que me sigue emocionando al recordarlo, y es el mensaje del capitán del vuelo que nos trajo de vuelta a España, cuando dijo por megafonía: «Damos la bienvenida a la selección nacional de fútbol». La selección nacional… es que, de repente lo pienso, ¡y es lo máximo!

Y cuando aterrizamos y vimos a la gente esperándonos… eso fue una locura. Personas de todas las edades, abuelos y abuelas que no podían salir de sus casas pero que se asomaban a las ventanas para ondear la bandera de España, los niños con la camiseta… Presenciamos a un país enganchado. Creo que conseguimos recuperar el espíritu de 2010. Ahora, cuando hacemos entrenamientos a puerta abierta, la gran mayoría de los niños viene

con la camiseta roja.

Un mensaje de WhatsApp de Julio Iglesias

Siempre he manifestado que soy fan de Julio Iglesias. En aquel karaoke del hotel de Alemania canté canciones de Julio. Además, me atreví con el tema «Quijote» en la celebración que hicimos tras el triunfo en aquel gran escenario en la plaza de Cibeles de Madrid. Una canción que canté a dúo con mi querido amigo Patxi Salinas, y ¡ante quinientas mil personas! También fue inolvidable la presentación que hizo Álvaro Morata de cada uno de los componentes de la expedición, ¡menudo *crack*!

Y un día, poco después de aquel baño de masas, recibí un mensaje del propio Julio Iglesias. Tuvo la amabilidad y el detalle de mandarme un texto muy cariñoso. Yo sé que él es un gran aficionado al fútbol y un seguidor de la selección española. Pero lo reseñable no fue solo que me felicitase por el éxito conseguido, sino que acabó el mensaje diciendo: «Por cierto, cantas "Quijote" mejor que yo».

La verdad es que aquel título tuvo mucha repercusión y recibí la felicitación de muchas personalidades del mundo de la cultura, de la música, del deporte… Por ejemplo, me llamó por teléfono el rey Juan Carlos. Y Felipe VI me mandó un mensaje a través de la Casa Real. Fuimos a la Zarzuela, a la Moncloa… aunque lo que realmente me pellizcó el corazón fue la gente de la calle. El viaje de la Moncloa al ayuntamiento en autobús fue una locura. No es que estuviera Madrid en la calle, era más, porque había miles y miles de personas venidas desde distintos puntos de España, fue impresionante. Lo que más felicidad me proporcionó de ganar la Eurocopa fue ver a la

gente feliz, desde niños a señores y señoras muy mayores.

La renovación del contrato

Tras la Eurocopa de 2024 tenía pendiente la renovación de mi cargo. Sin embargo, esa renovación se demoró hasta que la Federación nombró a un nuevo presidente. De todas formas, siempre estuve tranquilo porque sabía que la Federación y yo queríamos seguir juntos. La Federación deseaba que continuase, y para mí no hay mayor honor que ser seleccionador de mi país. Durante los trece años que llevo en la Federación no he deseado estar en ningún otro sitio.

Finalmente firmamos en enero de 2025, y para sellar ese acuerdo fue clave, una vez más, You First, mi agencia de representación.

Así que puedo decir que estoy donde quiero estar, tanto en la federación como con You First, a quienes estoy tremendamente agradecido: a Álvaro Torres, Álvaro Montero, Diego Ballesta, Enrique Martín, fantásticos profesionales y, además, gente muy cercana que me cuida y me atiende muy bien en todas las facetas de mi profesión: en prensa, en lo contractual, en eventos y en el plano humano, donde puedo decir que son mis amigos.

La gestión del éxito

Conquistar una Eurocopa lo revoluciona todo, pero se transforma el exterior; yo no he cambiado. Las frases de mis padres, esas que me recordaban que mantuviera los pies en el suelo y recordara quién

era, las tengo grabadas a fuego. Pero el entorno sí se ha alterado: ahora me conoce la gente, notas que generas expectación, recibo reconocimientos públicos en muchos lugares y premios, ha variado mi posición social… Pero yo sigo haciendo la misma vida. Sí he de decir que me gusta esta atención y cariño, aunque también implica muchas obligaciones: tengo que atender muchos eventos y no me siento especialmente cómodo ante tanta exposición pública. Yo disfruto de la privacidad, soy muy celoso de mi vida.

Es cierto que todas esas atenciones y eventos sirven para poner en valor mi trabajo y el de mi equipo, y eso sí que lo aprovecho y creo que es justo que lo haga notorio. Sin mi equipo, yo no sería nada: sin los futbolistas, sin el cuerpo técnico, sin todas las personas que constituyen esa expedición de la que hablábamos antes. Y, además, ahora tengo la posibilidad de trabajar en muchos eventos solidarios y en beneficio de buenas causas, y eso lo agradezco porque estamos también para ayudar a los demás. Y no se trata solo de participar en la recaudación de fondos, sino de brindar visibilidad a problemas o dramas. Recuerdo que fui al programa de televisión *Hay una cosa que te quiero decir* a darle una camiseta de la selección y un abrazo a un niño llamado Pedro, que había perdido a su tío, con quien iba siempre al fútbol, en un accidente de coche. Eso fue hace más de un año y sigo en contacto con aquella familia. La vida es muy dura, y ante esas tragedias necesitas todo el apoyo posible.

El equipo tampoco ha cambiado. Son muy ambiciosos, incansables a la hora de buscar nuevos retos. Los conozco desde críos y sé lo que hemos generado, los hemos educado para que sea así, por lo que un éxito como el de la Eurocopa no les relaja. Muchos de nuestros futbolistas también ganan títulos en sus clubes, así que están «acostumbrados» a los triunfos. No sé cómo será el efecto de

esos logros en sus equipos, pero en la selección sé que les hace mejorar cada día.

Yo, después de los entrenamientos, les doy las gracias por el buen trabajo realizado (cuando no ha habido un buen trabajo, también se lo digo) y siempre termino la charla con una coletilla: «Pero, señores, mañana hay que ser mejores». Mi grado de exigencia es ese: hay que superarse. Y hay que predicar con el ejemplo. Ellos saben cómo es mi ambición deportiva y cómo es mi rutina diaria. Me ven en el gimnasio dándolo todo, y es que el entrenamiento no es solo un esfuerzo físico, es un ejercicio de perfeccionamiento que representa la voluntad de ser un poco mejor cada día, de competir con uno mismo. La superación es una máxima en mi vida, en todos los aspectos: en el ejercicio, en el diseño de los entrenamientos, en las charlas…

10

MI PRIMER MUNDIAL, ¿NUESTRO SEGUNDO MUNDIAL?

El Mundial en el pensamiento

Antes y durante la Eurocopa el Mundial no existía en nuestras mentes. Estábamos totalmente centrados en aquella competición. Pero fue acabar el campeonato y, además, ganándolo, y el Mundial empezó a meterse en nuestras cabezas. También los medios de comunicación, acabado el europeo, empezaron a hablar sin parar de esta competición.

Yo viajo mucho, y adonde voy la gente me pide: «¡Traednos el mundial!». La afición está enchufadísima. A mí, lejos de darme vértigo esa ilusión, me enorgullece. Que nos vean capaces de ganar el título me motiva. La gente está animada y eso quiere decir que la selección provoca felicidad, y eso es lo que más feliz me hace. Vamos al Mundial como la número uno del mundo, como pasó en 2014.

Yo no vendo euforia, pero tampoco penurias, ni tristeza, ni voy diciendo: «¡Qué difícil es esto! Está la cosa complicada». Complicado es todo en la vida. Prefiero proclamar un optimismo realista. Tampoco voy asegurando: «¡Vamos a ganar seguro!»; no me gusta porque sé que es muy difícil y porque no estoy seguro ni yo mismo. Pero sí vamos a competir por ganar, eso lo garantizo, y es lo que les transmito a los jugadores: aquí no se va a exigir más que dedicación, esfuerzo, empeño, compromiso… eso es innegociable. Pero aun con todo eso, podemos perder. Lo que pretendo es mantenerme en el equilibrio entre la exigencia máxima y la tolerancia máxima ante un posible resultado adverso.

Respecto a los jugadores, yo no he querido hablar con ellos del

Mundial hasta clasificarnos. Lo hicimos en noviembre. He procurado que se centren únicamente en la clasificación, en cada uno de los partidos que hemos jugado para conseguir entrar en la Copa del Mundo, pero sin mencionarla. Yo soy de la filosofía del «partido a partido»; esta frase se la oí a mis entrenadores hace cuarenta años. Siempre les digo a mis futbolistas: «Este es el último encuentro que vamos a jugar, mañana no sabemos si se suspenderá la competición, si va a haber una tormenta y nos va a impedir salir al campo… y como es el último partido, ¡vamos a por él!». Así que, una vez clasificados, tras el encuentro en Sevilla contra Turquía, ha sido cuando hemos empezado a hacer referencias al Mundial.

Hay algo que quiero contar respecto a ese último partido de clasificación que nos metió en el Mundial. El duelo lo empatamos a dos tras haber ganado los cinco encuentros anteriores, la mayoría de ellos por goleada y sin tantos en contra. Pero, como digo, el empate nos clasificaba, nos habría valido para ir al Mundial hasta haber caído por 0-7 contra Turquía. Acabado el partido, recuerdo que, antes de entrar en el vestuario, el cuerpo técnico ya me advirtió: «Luis, está el equipo muy serio». Entré en el vestuario y, efectivamente, encontré a los chicos cabizbajos y en silencio, rumiando el resultado. Así que reuní a toda la expedición en aquel vestuario y les dije: «Vamos a ver una cosa… dejémonos de tonterías, ¿vale? ¡Nos hemos clasificado para un mundial! Que no es nada fácil, llevamos treinta y un partidos sin perder, hemos igualado un récord y estamos aquí como si hubiéramos perdido. ¿Es que alguien pensaba que esto iba a ser sencillo? Así que vamos a dejarnos de tonterías y vamos a celebrar lo que hemos conseguido». Entonces, el equipo reaccionó y empezó a gritar y a poner música.

Algún día perderemos, será un palo, pero nos levantaremos diciendo: «Pero ¡mira lo que hemos hecho hasta ahora!». Ese

empate lo que demostraba era lo difícil que es ganar, y nosotros hemos estado tres años sin perder, ¡eso es tremendo!

Diferencias entre la Eurocopa y el Mundial

Hay muchas cosas que serán diferentes respecto al campeonato europeo. Para empezar, las distancias. Este mundial se disputa en Canadá, Estados Unidos y México, por lo que las dimensiones del territorio son tremendas, lo que va a obligar a organizar más días de descanso para los jugadores. La recuperación, ese «entrenamiento invisible» del que hemos hablado en alguna ocasión, va a ser clave: las charlas, la concentración, el trabajo psicológico en general.

Y, por supuesto, la repercusión global que tiene un mundial no se puede comparar al torneo europeo. La Copa del Mundo pone en el escaparate el fútbol de todo el planeta, maneras de jugar muy dispares. Los equipos africanos, por ejemplo, son fortísimos físicamente, muy rápidos, con mucho más sentido táctico del que tuvieron en el pasado. América y Asia también van a proponer partidos a los que no estamos acostumbrados. Cada duelo va a ser único.

Yo, desde luego, no haré nada especial, al menos desde el punto de vista personal. Voy a seguir con mis rutinas, que son muy sencillas y normales, no soy supersticioso. Sí que me persigno antes de los encuentros, pero eso no es superstición, eso es fe. Hay entrenadores que cambian de traje o que siempre llevan el mismo dependiendo del resultado. Yo no tengo esas manías. Desde luego, siempre me ha gustado vestir bien, dirijo los partidos con traje. Y, además, represento a la selección, así que debo ir vestido acorde a esa imagen. En el Mundial llevaré el traje oficial, pero luego haré mis

cambios; yo escojo si me pongo corbata o no, si llevo una camisa o una camiseta debajo de la chaqueta, si me la quito o me la dejo puesta.

Hay algún jugador con supersticiones. Miguel Ángel España, nuestro entrenador de porteros, tiene una curiosa. Yo siempre repito antes de los partidos que nadie puede ser expulsado, que jugar con diez es casi condenarse a la derrota y, por tanto, a la eliminación de un campeonato. Así que en las charlas les insisto a los jugadores: «Empezamos once y terminamos once». Llevo diez años diciéndolo, desde que en mi primer europeo expulsaron a Álvaro Vadillo contra Portugal y ganamos al final 1-0 pero sufriendo tela. El caso es que cuando se me olvida decir en el vestuario «Empezamos once y terminamos once», viene Miguel Ángel España por detrás y me lo recuerda porque para él es una especie de superstición: cree que, si no lo menciono, nos expulsarán a alguien o que, simplemente, perderemos el partido. Y yo le contesto: «Miguel, ¡que ya lo saben!». Y todo esto entre las risas del cuerpo técnico. Sí es cierto que a los partidos llevo un rosario pequeño que me regaló mi hermano Rodrigo, la fe me hace sentir más seguro, más tranquilo, más confiado y fuerte a la hora de tomar decisiones.

La lista

La lista de los convocados para el Mundial la tenemos prácticamente confeccionada desde hace mucho. Sí que hay cuatro o cinco nombres que fluctúan, que, dependiendo de estados de forma, de equilibrio en la confección de la lista, pueden entrar o no. Evidentemente, todo está a expensas de las lesiones, que pueden alterar la convocatoria. Pero hace ya tiempo que el núcleo duro del

equipo está consolidado.

La ventaja de ser seleccionador es que tengo una plantilla de trescientos jugadores. Yo fui uno de los que votaron, en una reunión de la FIFA que tuvimos en Catar antes de la Eurocopa, ampliar el número de convocados hasta los veintiséis. De cuantos más jugadores dispongas, más opciones y posibilidades tienes para combinarlos. Un ejemplo es la cantidad de opciones que se nos presentan en la portería. Es una suerte que a los guardametas ya habituales para nosotros, como Unai Simón, David Raya, Álex Remiro o Robert Sánchez, se hayan sumado fantásticas opciones como Joan García o Leo Román.

Otra cosa que quiero dejar clara es que yo soy seleccionador de España, a mí no me condiciona en absoluto en qué club juegan los futbolistas a los que llamo. Por supuesto que todos tenemos un corazoncito de aficionado; yo soy del Athletic, pero también soy un profesional y dirijo el equipo de todos. En mi casa, cuando era pequeño, se seguía con fervor a la selección. En Haro, cuando jugaba España, hacíamos una cena especial y nos sentábamos con mi padre a ver el partido. Quiero decir que el sentimiento de selección lo tengo desde crío. A mí no me influye en la convocatoria llevar a muchos futbolistas de un club y pocos de otro, para mí son todos jugadores de la selección española. No tengo complejos a la hora de hacer listas. Yo no me hipoteco con ningún jugador. Mantengo una relación fantástica con los chicos, incluso con alguno de ellos nuestro vínculo trasciende lo profesional, y conozco a sus padres, a sus mujeres y hasta a sus hijos. Pero por eso, precisamente, saben de mi honestidad y que, de la misma manera que cuando les llamo es porque creo que es lo correcto, cuando dejo de hacerlo es por el mismo criterio.

Lamine Yamal

Que Lamine juegue para España se debe a un gran trabajo de la Federación, personalizado en Francis Hernández, y a una estupenda labor de fidelización explicándole el proyecto. Ya había militado con España en categorías inferiores, así que el chico lo tenía claro, pero a él y a su familia les gustó el proyecto que se les presentó con nuestra selección.

Cuando llegó a la absoluta era un niño, apenas hablaba con nadie excepto con Nico Williams, otro crío. Lamine y Nico son dos jugadores que se retroalimentan y que, a su vez y debido a su gran relevancia mediática, a su energía y a su simpatía, han enganchado a toda una generación de aficionados jóvenes. Estos futbolistas, hijos de inmigrantes, viven una integración natural tanto en nuestra sociedad como en la selección. Son chicos que siguen creciendo y desarrollándose con total normalidad, jugadores que están con nosotros desde que tenían quince años. Respecto a la lesión de Nico y si se recuperará a tiempo para poder ir al Mundial, lo único que puedo decir en este momento es que todos estamos poniendo de nuestra parte para que se restablezca cuanto antes, pero las lesiones son contratiempos que se escapan a nuestro control.

Lamine debutó conmigo en el partido contra Georgia de clasificación para la Eurocopa que ganamos 1-7. Además, marcó un gol. Es el debutante más joven en marcar con la selección. Lo cierto es que ya venía de hacer cosas muy importantes con el Barcelona. La primera vez que lo vi, ya dije: «Este futbolista va a ser muy bueno». Los detalles muchas veces son sutiles: cómo se mueve en el campo, su atrevimiento pese a su juventud, la osadía, el descaro y, muy importante, el acierto en la toma de decisiones. Desde luego, era un jugador al que había que darle una oportunidad y eso es lo

que hicimos.

Mediáticamente puede parecer que, por primera vez en muchos años, la selección española tiene un jugador bandera: Lamine Yamal. Pero internamente no se vive así. Lo importante sigue siendo el equipo. A Lamine lo conozco desde que él tenía dieciséis años, y en mis conversaciones he intentado transmitirle calma, tranquilidad, confianza y la máxima de que lo importante es el grupo. Y él lo entiende.

Lo más destacable de Lamine, aparte de su gran talento, es que entrena tres horas al día, va al gimnasio, visita a su fisio, a su nutricionista, a su psicólogo… y se entrega a su entrenamiento invisible, que es lo más importante. El entrenamiento invisible es algo que mucha gente desconoce. Se trata de estar veinticuatro horas pensando en tu trabajo. A Lamine no le regala nadie nada.

Los rivales

Para empezar, a mí me hace gracia cuando la gente dice: «¡Qué grupo más fácil nos ha tocado!». ¿Qué países quieren que nos toquen? ¿Brasil, Argentina y Alemania? Si llegamos hasta el final del campeonato, ya nos cruzaremos con selecciones más potentes (sobre el papel). No creo que sea un grupo especialmente amable. No hay rival sencillo. Hace unos meses estuve viendo la Copa África, donde jugaba la selección de Benín. Conocía muy poco de este país, tuve que mirar en un mapa dónde estaba. Pues, oye, no jugaban nada mal.

A nosotros nos ha caído en el grupo un equipo africano, Cabo Verde. Una selección totalmente desconocida para nosotros que nos permitirá ver un fútbol nuevo. Son muy competitivos, entre otras

cosas porque se han clasificado para el Mundial, ya que hay otras selecciones como Camerún, que disputó la Copa África, pero que no va al campeonato del mundo.

Cabo Verde tiene futbolistas que juegan en diferentes países de África y participan en las máximas competiciones de esos países. Son muy fuertes físicamente, tienen una estructura y un orden táctico ya importante. Si posees una buena organización y un buen físico, ya eres un equipo complicado, y Cabo Verde goza de esas virtudes.

Arabia Saudí es el siguiente rival de España en el grupo. Como estamos viendo, en los últimos tiempos este país está invirtiendo mucho en el fútbol, sus jugadores están subiendo el nivel y, además, compiten con muchos europeos que se han ido a su liga, lo que europeíza su forma de jugar. Y hay algo más que destacar: en el pasado Mundial, Arabia Saudí le ganó a Argentina, que acabó siendo campeona del mundo. Si hace cuatro años lograron esa victoria, ahora son incluso mejores; han evolucionado porque su liga ha mejorado. Física y técnicamente son grandes jugadores, hay futbolistas muy rápidos y fuertes y bien dirigidos por un francés, Hervé Renard, que ha comandado diferentes selecciones masculinas y femeninas con muy buenos resultados.

Nuestro tercer rival es Uruguay: la historia del fútbol. Ha participado en infinidad de mundiales, de los que ha ganado dos. Uruguay siempre hace cosas reseñables en los campeonatos del mundo. Muchos futbolistas de su combinado juegan en Europa y en equipos top.

En resumen, son tres partidos que no nos permiten un error, en los que hay que tener una concentración máxima. Para nosotros un empate es un tropiezo, pero para Cabo Verde, por ejemplo, que no ha jugado nunca un mundial, es un gran éxito. Así que el secreto es

llegar bien, físicamente en perfectas condiciones y mentalizados.

¿Vamos a ganar el Mundial?

Obviamente, no lo sé. Lo que sí sé es que vamos a darlo todo. Yo exijo esfuerzo, trabajo, dedicación, entregar lo mejor de uno mismo, pero siempre teniendo en cuenta que los demás también compiten.

Yo acepto la responsabilidad de dirigir una de las selecciones candidatas a ganar el Mundial, aunque eso no garantiza nada. El tema del favoritismo viene más de fuera del equipo: de la prensa, de otras selecciones o de gente del fútbol como mi admirado Fabio Capello, quien es un declarado seguidor de la selección española. Y todo eso está muy bien, que digan que eres el mejor es muy bonito, pero todos sabemos que, en el fútbol, aun siendo superior al rival, puedes perder. ¿Cuál es mi *feeling*? Lo que siento es que tenemos capacidad para pelear hasta el final, que vamos a estar en disposición de levantar la copa. Opino que mis jugadores son los mejores del mundo y creo que es legítimo pensar así.

Pero hay que tener en cuenta que en este Mundial hay cuarenta y ocho selecciones, un máximo histórico, y eso nos va a enfrentar a maneras de jugar al fútbol desconocidas. De lo que estoy seguro es de que vamos a ver mucha igualdad entre los equipos, más de la que pensamos, ya que las distancias entre selecciones se han acortado muchísimo. Porque, como dije en otras páginas, cualquier país tiene once jugadores buenos. Nosotros quizá tengamos cuarenta, cincuenta o cien, pero juegan once contra once.

Aparte de las grandes selecciones históricas —Brasil, Argentina, Alemania, Francia, Holanda, Inglaterra, Portugal…—, creo que hay que tener especial atención a Colombia y a Marruecos, a las que veo

serias candidatas para llevarse el torneo. De hecho, puede haber sorpresas con algún equipo africano, de la misma forma que en otros mundiales destacó, por ejemplo, Croacia. Atención a Senegal, que ha ganado la Copa Africana. Nunca ha habido en la historia un abanico tan grande de candidatos a ganar un mundial.

Mi momento perfecto

Yo creo que, como futbolista, tenía capacidad para haber conseguido más logros. Entre ellos, ser internacional absoluto. Me quedaron entonces muchos sueños por cumplir que hoy, como seleccionador, al fin los estoy viviendo. Conquistar una medalla olímpica, levantar una Nations League, acudir a una Eurocopa y ganarla… casi nada. Y ahora voy a un mundial. La vida me está dando una segunda ocasión de gozar de experiencias que se me escaparon como jugador. Porque hoy las aprecio muchísimo más, hoy soy plenamente consciente de la importancia y el privilegio de poder acudir a las grandes competiciones internacionales.

Hay algo que ejemplifica a la perfección este sentir: durante la Eurocopa de 1984 yo me encontraba en Brasil con los hermanos Salinas, con Urtubi y con Miguel de Andrés. Entonces recibimos una llamada de Andoni Zubizarreta, que estaba en Francia disputando la Eurocopa. Y recuerdo que pensé que el privilegiado era yo porque andaba de vacaciones en Brasil con unos amigos y no él participando en un campeonato de Europa. Eso da a entender lo equivocado que estaba. Por tanto, ahora les repito a los jugadores que valoren lo que tienen porque los grandes momentos pasan; que se abracen a su presente con todas sus fuerzas.

Yo soy seleccionador nacional de España, seleccionador nacional

de España, no paro de repetírmelo. No se me puede olvidar este privilegio. ¿Cómo no le voy a dar gracias a Dios? Soy un afortunado porque he llegado a la madurez haciendo lo que de verdad me apasiona, y eso que yo siempre he estado donde quería estar y he disfrutado con mis trabajos. Pero hoy me siento especialmente colmado. Ahora lo que más feliz me hace en la vida es hacer feliz a los demás, a los jugadores, a sus familias y, por supuesto, a la mía propia. Y lo voy logrando.

De quién me acuerdo

En estos instantes, a las puertas de un mundial, me acuerdo mucho de los que no están: de mis padres y de mi hermano Óscar, quien, en los últimos años de su vida, estaba enganchadísimo a la selección española. Mi padre murió en 2012, mi madre en 2018 y mi hermano en 2023.

Mis padres vivieron muy de cerca toda mi etapa futbolística y vieron cómo rocé la internacionalidad absoluta tras ser internacional juvenil, sub-21 y olímpico. Seguro que ahora me están viendo y diciendo: «Has ido como seleccionador a unos Juegos Olímpicos, a una Eurocopa y ahora ¡vas a ir a un mundial!».

Mi padre enfermó de alzhéimer y lo tuvimos que llevar a una residencia. A mí me pilló en una etapa en la que no tenía trabajo, pues justo entré en la federación al año siguiente de su muerte. Esa desocupación me permitió ir desde Getxo, donde vivía, a la residencia de Haro todos los días. Los cinco hermanos y mi madre íbamos a visitarle continuamente durante esos últimos meses de vida, que fueron muy duros. Recuerdo que, el día que falleció, mi hermano Rodrigo y yo habíamos pasado la tarde con él. Luego, de

madrugada, me llamó mi hermano Rodrigo para decirme que había muerto. Pero, qué cosas tiene la vida, esos dieciocho meses en los que estuve en el paro, que fueron muy difíciles, me posibilitaron estar al lado de mi padre muy intensamente y hasta el final.

En la vida nada es casualidad. La casualidad es el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar. Las cosas en la vida pasan por algo, los tiempos de Dios son perfectos, aunque como hombres no lo entendamos. Sé que me estoy poniendo trascendente, pero es lo que creo. Todos queremos las cosas con inmediatez, deseamos los resultados al instante, pero, a la larga, los asuntos importantes siempre acaban cuadrando. Los acontecimientos de mi vida han tenido lugar en el momento oportuno, y ha pasado lo que debía pasar.

Ahora, cuando pienso en quién soy, me cuesta. ¡Soy el seleccionador nacional de España! De pequeño, rodeado de mis padres y hermanos, en el salón de la casa de Haro, veíamos a aquellos seleccionadores míticos: a Miguel Muñoz, a Javi Clemente, y más tarde a Luis Aragonés o a Del Bosque, los grandes, y resulta que ahora el seleccionador… ¡soy yo! Y he llegado hasta aquí poco a poco, paso a paso, porque si hay algo que he aprendido con los años, es que la vida se entrena cada día.

«Cuando selecciono a un jugador, exijo que sea buena persona. Y para mí una buena persona es alguien que tiene principios; y, en el fútbol, eso es ser solidario, generoso, trabajar en equipo con capacidad de sufrimiento y anteponiendo el grupo a la individualidad».



No se llega a lo más alto por casualidad. Luis de la Fuente lo sabe bien. Nacido en el pueblo de Haro, en La Rioja, Luis aprendió pronto que el talento sin trabajo no basta. A lo largo de su vida ha explorado casi todas las facetas del fútbol: jugó en el Athletic Club, el Sevilla y el Alavés; entrenó a generaciones de jóvenes en varios equipos; fue delegado del Athletic, seleccionador nacional en varias categorías y, finalmente, seleccionador absoluto de España, con la que ganó la Nations League en 2023 y la Eurocopa en 2024.

Con la vista puesta en los próximos grandes desafíos de la selección española, en este libro De la Fuente comparte por primera vez su historia y su manera de entender el fútbol. Un recorrido hecho de paciencia y convicciones firmes, de decisiones difíciles y confianza en los suyos. El seleccionador habla de cómo se gestiona un grupo en los momentos de máxima presión, de la apuesta por los talentos jóvenes como Lamine Yamal o Nico Williams y de la certeza de que ningún nombre está por encima del equipo.

Más allá de los partidos y los títulos, estas páginas cuentan cómo se fue construyendo su visión del fútbol y de la vida: la responsabilidad de liderar, el respeto por el proceso, la fe en el trabajo diario y una espiritualidad que ha acompañado silenciosamente cada etapa de su trayectoria. Esta es la mirada de un hombre que ha hecho del compromiso su sello personal y que asume la competición como un reto permanente, empezando por sí mismo.

Porque, dentro y fuera del campo, la vida se entrena cada día.

Luis de la Fuente Castillo (Haro, La Rioja, 1961) es exfutbolista y entrenador, actual seleccionador nacional de fútbol de España. Jugó como lateral izquierdo en el Athletic Club, el Sevilla F. C. y el Deportivo Alavés, con los que llegó a disputar 254 partidos en primera división. Fue internacional sub-21 y formó parte de la selección olímpica española.

Tras colgar las botas, inició una sólida trayectoria en los banquillos, especialmente en las categorías inferiores de la selección española, con las que conquistó el Campeonato de Europa sub-19 (2015) y el sub-21 (2019), fue medalla de oro en los Juegos Mediterráneos (2018) y logró la medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Tokio, celebrados en 2021.

Desde 2023 dirige la selección española absoluta, con la que se proclamó campeón de la UEFA Nations League en 2023 y de la Eurocopa en 2024, consolidando un proyecto basado en el talento joven, el compromiso colectivo y la ambición competitiva. Además, la Federación Internacional de Historia y Estadística de Fútbol (IFFHS) lo nombró mejor seleccionador del mundo en 2024 y 2025.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Luis de la Fuente Castillo
© 2026, Eduardo Verdú, por la colaboración en los textos
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: © Florencia Tan Jun / Getty Images Sport

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-8297-8

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La vida se entrena cada día

Primera tiempo

1. El hijo de la Berti
2. Tantas veces yo soñé…
3. A la orilla del Guadalquivir
4. La vuelta a casa y el adiós

Segundo tiempo

5. Al otro lado de la cal
6. Vivir detrás del fútbol y vivir sin fútbol
7. Mi sitio
8. Pasión absoluta

Tiempo añadido

9. Apuntes de la Eurocopa
10. Mi primer mundial, ¿nuestro segundo mundial?

Sobre este libro

Sobre Luis de la Fuente

Créditos